

Olga Salar

ROMANCE
a la carta



«SI HE SOÑADO CONTIGO TE SUPO A POCO,
DESCUBRE CÓMO EMPEZÓ TODO...»

VERSATIL
Romántica



romance a la carta

Olga Salar

romance a
la carta

Olga Salar



romance a la carta

Olga Salar



CONTENIDO

ARGUMENTO		CAPITULO 9
DEDICATORIA		CAPITULO 10
PRÓLOGO		CAPITULO 11
CAPITULO 1		CAPITULO 12
CAPITULO 2		CAPITULO 13
CAPITULO 3		CAPITULO 14
CAPITULO 4		CAPITULO 15
CAPITULO 5		EPÍLOGO
CAPITULO 6		ANEXO DE RECETAS
CAPITULO 7		
CAPITULO 8		

ARGUMENTO:

Brian Mosley domina a la perfección el tiempo y las cantidades exactas que hay que utilizar en la cocina para convertir un sencillo plato en una obra maestra culinaria. Lamentablemente su incapacidad para medir los tiempos en la vida real, y llegar puntual a las citas, le convierte en el novio desastre que ninguna mujer quiere tener.

La única esperanza que le queda es dar con una fémina lo suficientemente segura de sí misma como para que no le importe que le hagan esperar, o que se olviden de ella por completo. Lo curioso será que una vez que **Pamela** haga acto de presencia los defectos del chef desaparecerán como el volumen de un soufflé al salir del horno.



romance a la carta

Olga Salar



La cocina es alquimia de amor.

Guy de Maupassant.



romance a la carta

Olga Salar

A los míos, lo que incluye a tanta gente que de uno en uno no cabrían en esta página.

¡Gracias por estar ahí!

A Laura, por leer al ritmo en que este romance nacía y se condimentaba.

PRÓLOGO.

Nothing Hill, Londres.

Los tres niños que jugaban en el pequeño jardín de la casa de la familia Nash, no tendrían más de ocho años el mayor, y siete los dos pequeños. Los pocos meses de diferencia no se reflejaban en su aspecto, ya que los tres tenían la misma altura, por encima de los percentiles fijados para niños de su edad.

Estaban sentados en círculo con las cabezas juntas, de manera que cualquiera que les viera supondría que estaban tramando alguna de sus habituales travesuras. No obstante, en esta ocasión, el observador se hubiera equivocado completamente puesto que dedicaban su tiempo a temas mucho más serios. Demasiado, quizá, para niños de tan pequeños.

–Cam y yo hemos estado pensando que como tu mamá no puede tener más bebés –apuntó Evan, el hijo menor de los Nash. A pesar de ser una información de la que no tenían que estar al corriente, ya que los padres de ambos habían



romance a la carta

Olga Salar



tenido mucho cuidado para que ninguno de ellos se percatase de que los dos abortos espontáneos que había sufrido la señora Mosley habían terminado con las esperanzas de darle un hermano a Brian—, y tú te vas a quedar solo para siempre... Vamos a adoptarte.

Brian arrugó el mentón pensativo. La idea de que Evan y Cam fueran sus hermanos le parecía maravillosa, sin embargo, no estaba muy seguro de querer mudarse a casa de sus amigos. Después de todo, sus padres eran estupendos y aunque tener un hermano era lo que más deseaba en el mundo, separarse de ellos no entraba en sus planes.

—¿Tendré que vivir aquí? —preguntó con recelo.

—No. Puedes vivir en tu casa —apuntó Camden, antes de que su hermano dijera lo contrario—. Ni siquiera tienes que llamar <<mamá>> a nuestra madre. Puedes quedarte con la tuya. El trato solo es con nosotros.

—Entonces, de acuerdo. Acepto ser vuestro hermano —dijo tendiéndoles la mano derecha para que se la estrecharan, como había visto hacer a los mayores.

Evan no tardó en responder estrechándole la suya. Fue Cam quien se quedó pensativo... Dándole vueltas a una idea...

—El otro día leí en un libro de historia que en algunas culturas los pactos se sellan con sangre.

—No voy a sangrar para que experimentes tus cosas de empollón conmigo —apuntó Evan con seguridad. Su hermano se pasaba el tiempo con la nariz enterrada en los libros, y no contento con eso, ahora quería poner en práctica lo que leía.

—A mí no me importa sangrar —respondió Brian encogiéndose de hombros. Sabía que Camden era el más inteligente de los tres, y si él decía que había que sellar



romance a la carta

Olga Salar



su juramento con sangre era porque había que hacerlo y punto.

–Dos contra uno, Evan –añadió Cam mirando a su hermano–. Gana la mayoría. –Y añadió, girándose hacía Brian–. Ve tú a la cocina a por un cuchillo afilado. Eres el único al que mamá no riñe cuando entra en sus dominios, ni siquiera papá se salva de la reprimenda.

–Eso es porque siempre la ayudo a preparar la comida –explicó el rubio, antes de levantarse y salir corriendo a cumplir con la misión que le había sido encomendada.

Quince minutos después, porque Brian se había entretenido ayudando a la madre de sus amigos a trocear la verdura para la cena, volvían a estar sentados en círculo con las cabezas juntas. Y en esta ocasión, el avispado observador no se habría equivocado al pensar que tramaban una travesura.

Como Brian era el más habilidoso con las manos, fue él quien se encargó de manejar el cuchillo. Con mucha seguridad y sangre fría se hizo un pequeño corte en la palma de la mano e hizo lo mismo en las de sus amigos. Una vez que la sangre hizo acto de presencia, juntaron las palmas y juraron que nada les separaría. Que su relación era algo más que una amistad: era un hermanamiento.

Tal y como Brian había supuesto la sangre dotó de legitimidad al juramento, e incluso Evan, que era el más reacio, sintió lo mismo.

–Desde este momento somos los hermanos Nash. –Expuso Evan con seriedad, y ocultó su regocijo.

–¿Por qué los hermanos Nash y no los hermanos Mosley?



romance a la carta

Olga Salar

–Porque somos más –sentenció Camden–. La mayoría siempre manda. Es el fundamento de la democracia.

Ante semejante sentencia Brian no pudo alegar nada en contra.

–Seamos los hermanos Nash-Mosley, pues.

–De acuerdo –aceptó Evan–. Siempre quise tener más apellidos que la gente corriente.

–Es justo –corroboró Cam.

–Entonces está hecho –sonrió Brian, quien por fin había conseguido lo que tanto había anhelado, un hermano. E incluso podía jactarse de haberse hecho con dos.

CAPITULO 1

Algunos años después... Londres.

-Para conservar el perejil fresco, guárdalo en el refrigerador dentro de una bolsa de plástico con aire dentro.-

No tendría que haber esperado hasta que el último plato del Pink Flamingo

estuviera en el comedor frente al comensal que lo esperaba. Tendría que haberse marchado como había hecho el primer chef, en cuanto terminó con las labores administrativas. No obstante, ese era parte del problema. Brian odiaba estar fuera de la cocina, le molestaba no pringarse las manos y trabajar codo con codo con su equipo.

Había comenzado con dieciséis años trabajando de plonchero[1] en un pequeño restaurante en Londres, durante ese tiempo había compaginado sus estudios en la escuela de cocina con lo que iba aprendiendo allí, observando atentamente el



romance a la carta

Olga Salar



trabajo de los chefs. Su siguiente destino había sido como chef de cuarto frío en un restaurante en Barcelona. Y fue en ese mismo restaurante donde había ido dirigiendo cada una de las partidas que componían un restaurante, de manera que al llegar a El Palau del Duc, en Valencia, donde se especializó en los distintos arroces de la gastronomía española, tenía en su haber la experiencia y las recomendaciones necesarias como para ser el segundo chef de la cocina del Pink Flamingo, uno de los restaurantes más de moda en la City.

El problema era que por mucho que lo intentara era incapaz de apartarse de la cocina. Le gustaba cocinar, y disfrutaba de las situaciones al límite que se vivían en un gran restaurante en hora punta. Por eso se había quedado hasta el final, porque no podía dejar pasar la oportunidad de dar el toque final del plato de Marcelo, el cocinero italiano del Pink Flamingo, encargado de la partida de pescado, que siempre olvidaba rematar sus platos, y al que Brian tenía en el punto de mira por su ineficacia.

A pesar de todo se podía decir que Brian Mosley era un tipo afortunado, contrariamente a lo que pudiera parecer al verlo así: con un montón de vino tinto chorreándole por la cara y mojándole la camisa de Ralph Laurent, porque la mujer con la que había quedado para cenar acababa de echarle por encima su copa por llegar tarde, de nuevo, a su cita.

Después de todo no era culpa suya que le fuera imposible llegar puntual, él llegaba o tarde, o muy tarde. Su trabajo como segundo chef en un restaurante de la talla del Pink Flamingo, le absorbía más tiempo del que nadie pudiera prever. Y tampoco era culpa suya que fuera así. Él era un chef, no un administrativo. Y los chefs cocinaban y atendían a sus clientes.

Por otro lado no estaba en su naturaleza darse por vencido, lo que le llevaba a seguir concertando citas con mujeres a las que defraudaba desde el primer encuentro.



romance a la carta

Olga Salar

–Victoria, lo siento.

–¿Que lo sientes? –estalló la chica–. ¿Qué sientes exactamente, Brian? ¿Que te haya esperado dos horas para malgastar mi delicioso Merlot contigo? ¿Esperabas que me hubiera marchado antes de que llegaras?

–Lo que siento es haber llegado tarde.

–Yo creo que no. Creo que no lo sientes en absoluto. Es más, estoy segura de que lo has hecho adrede. Y lo que más me molesta es que hayas decidido demostrarme que no te interesa quedar conmigo de este modo. Habría sido más rápido que lo dijeras con palabras, y créeme, igual de efectivo –zanjó la conversación, levantándose de la mesa y marchándose de allí con la sensación de que con el vino y la charla había recuperado su dignidad perdida.

Atónito por lo que acababa de suceder, Brian se quedó allí sentado al tiempo que intentaba secarse la cara con la pulcra servilleta blanca que tenía delante.

–Brian, dime que vas a cenar. Felipe ha mantenido la cocina abierta por ti. Si le digo que no vas a comer nada entrará en combustión espontánea y el local arderá con él y con nosotros dentro. No sabes el mal carácter que tiene –comentó el *maître*, que se había acercado hasta su mesa.

–Sé perfectamente el carácter que tiene Felipe. Trabajamos juntos en Barcelona. Por eso ha esperado para cerrar la cocina –comentó con una sonrisa divertida–, quiere lucirse con algún plato para que me convenza de que cocina mejor que yo. –Se rio, recordando a su amigo, y su aparente malhumor, que no era más que una pose para ganarse el respeto de sus subordinados.

–Creo que te ha esperado porque te aprecia y quiere agasajarte.

–No es necesario que me dores la píldora, James. Cenaré lo que sea que Felipe quiera hacerme. Dile que tiene vía libre.



romance a la carta

Olga Salar

–Gracias, Brian. Nos has salvado a todos de la hoguera –comentó riendo, mientras se encaminaba hacia la cocina.

–Definitivamente me salvo de la hoguera, pero me condeno a una eternidad de cenas en soledad. Casi prefiero la hoguera –musitó para sí mismo, al tiempo que levantaba su copa de Merlot y brindaba con el aire.

–Me rindo con las mujeres. Está visto que voy a cenar solo toda mi vida –se quejó Brian mientras se tomaba un café en su despacho del Pink Flamingo con su mejor amigo, Evan Nash, el nuevo actor de moda en Hollywood, gracias a su papel como Daniel Black, y el nuevo Dorian Gray de los escenarios londinenses.

Se conocían desde que eran unos niños, y su amistad había sobrevivido a los viajes de ambos y a las épocas en que cada uno de ellos vivía en un lugar distinto del globo. Los dos hermanos Nash junto con Brian se habían esforzado por mantener ese vínculo a pesar de las complicaciones que llevaba consigo el crecer.

–La última vez. Lo prometo. Victoria ha sido un pequeño bache en el camino, no puedes rendirte tan fácilmente. Aunque tienes mi palabra de que si no sale bien nunca volveré a presentarte a ninguna mujer.

–Dirás cuando no salga bien... Además Evan estoy cansado de que me endoses a las mujeres que te persiguen solo para deshacerte de ellas.

–Esta vez es diferente. Ella es distinta.

–¿Distinta?

–Americana. Trabaja conmigo en el teatro. Es la mejor maquilladora que he



romance a la carta

Olga Salar

conocido nunca, además de guapa, agradable y divertida. Es perfecta para ti – apuntó Evan con convicción.

–Y si es tan perfecta porque no le pides tú una cita, o ya puestos se la presentas a Cam.

–Es una amiga. Además no es perfecta para mi hermano, es perfecta para ti. A Cam le interesan las intelectuales, Pamela es demasiado lista para vivir rodeada de libros.

–No me atrae mucho la idea de ir a una cita a ciegas.

–De acuerdo. Ven esta noche al teatro, te la presento y cuando quedéis para cenar ya no será una cita a ciegas –propuso Evan con una sonrisa.

–¿Y por qué crees que ella, si es tan lista y tan guapa, va a aceptar quedar conmigo, así sin más?

–Esa es la mejor parte. Yo no te he concertado una cita con ella, se lo vas a pedir tú –explicó, levantándose con intención de marcharse–. Yo solamente voy a ponerla en tu camino.

[1] Friega platos.

CAPITULO 2

-Para no llorar al pelar una cebolla mójala antes en agua o vinagre.-

*M*enos mal que Evan le había enviado una entrada al Pink Flamingo para

la representación de esa noche a la que debía asistir para conocer a su amiga, porque de no haberlo hecho hubiera sido imposible que consiguiera una por sí mismo. Con la interminable cola de gente que esperaba para hacerse con una de las pocas localidades disponibles en taquilla cualquiera diría que era el estreno, cuando en realidad no era más que la segunda representación de un viernes normal y corriente.

Estaba claro que ver a Evan Nash interpretando a Dorian Gray era un buen reclamo para un público que llenaba la sala día tras día durante los dos meses que llevaba la obra en cartel. Un afamado dramaturgo irlandés había decidido adaptar la novela de su compatriota y llevarla al teatro, dotándola de ciertos matices de modernidad, pero conservando la esencia de la novela. Y es que a pesar de las múltiples adaptaciones en el cine, y de los actores que lo habían interpretado en ellas, solo Evan era capaz de dotar al personaje de la oscura



romance a la carta

Olga Salar

sensibilidad que necesitaba Dorian para estar a la altura de la brillante escritura de Wilde, y del dinamismo de su director.

Era en esas contadas ocasiones en que sus demás trabajos le permitían subirse encima de un escenario cuando el actor explotaba al máximo su capacidad dramática. En el cine solo le ofrecían papeles de acción que no le permitían desarrollar su capacidad actoral de modo que se desquitaba en el teatro con interpretaciones brillantes que encandilaban a público y crítica.

Con el programa en la mano Brian se adentró en el teatro buscando su fila. Evan le había conseguido, en apenas unas horas, la mejor butaca de la platea, sabiendo que nada del mundo haría que Brian se sentara en un palco. Su vértigo era un inconveniente en muchas ocasiones cotidianas, incluyendo esta. Y era tan agudo que ni siquiera era capaz de salir al balcón en una segunda planta. Cuando no era más que un ayudante de cocina, lo peor que podía pasarle era verse obligado a subirse a una escalera para bajar los suministros que se habían agotado y que era necesario reemplazar.

Sonrió al ver que su butaca era justo la que quedaba en el centro de la sala. Distancia perfecta, situación perfecta. Evan estaba en todo. Ojalá la mujer que pretendía presentarle fuera tan adecuada como su lugar en el teatro. El problema era que conociendo a Evan sabía que nunca lo era.

Especulaba sobre ello cuando se sentó en su localidad y volvió a plantearse si iba a ser buena idea volver a intentar salir con alguien. Ya que al parecer era incapaz de mantener una relación romántica más allá de un par de citas.

La única parte positiva que le encontraba a la situación actual era que en el teatro iba a ser prácticamente imposible que acabara perdido de vino tinto. Lo que no le libraba de acabar de ese modo durante el transcurso de la primera cena que concertaran. Después de todo era improbable que conociera a una mujer que no le importara que la hicieran esperar, que no le molestara no ser el



romance a la carta

Olga Salar



centro de atención... Perdido en sus pensamientos no se dio cuenta de cómo poco a poco el teatro fue llenándose de espectadores, a excepción de la butaca de su izquierda, que permaneció vacía unos minutos más de lo esperado.

Su ocupante se sentó un instante después de que apagaran las luces, cuando el telón ya se estaba abriendo, disculpándose por molestarle en su camino hasta la butaca. Brian no le había prestado atención cuando lo hizo, se limitó a apartar las piernas para permitirle el paso, y siguió pendiente del escenario. De hecho si no hubiera sido por el pequeño roce de su ropa contra él, que hizo que se desprendiera el aroma que la impregnaba frente a su rostro, no hubiera reparado en ella. Si no hubiese olido como un delicioso pastel ni siquiera se habría dado cuenta de su presencia, pendiente como estaba de lo que sucedía sobre el escenario. No obstante, lo hizo. Y supo que ya no iba a ser capaz de centrarse en nada más.

Se dio la vuelta con discreción intrigado por su aspecto, que se vislumbraba a través de la penumbra de la sala, y preguntándose si tendría un rostro tan dulce como su aroma, y un cuerpo tan sensual como el toque de canela que emanaba de su piel.

Como si se hubiera dado cuenta de su escrutinio, la mujer se dio la vuelta y clavó sus ojos en los suyos. Unos ojos grandes y brillantes que la oscuridad impidió a Brian discernir de qué color eran.

–Hola –saludó en un susurro. Sin siquiera inmutarse porque un desconocido la estuviera mirando fijamente. Lo que la hacía más intrigante todavía.

–Hola –respondió él, más desconcertado que ella.

–Estoy deseando que salga Sibyl Vane. Las escenas de Sibyl y Dorian son lo mejor de la obra, ¿verdad? –comentó haciendo una ligera inclinación de cabeza para señalar el escenario.



romance a la carta

Olga Salar



–Lo son. Lo mejor, sin duda –musitó, aunque no se refiriera a lo mismo que ella.

–Soy Pamela –se presentó extendiendo la mano para saludarle. Ajena a lo extraño que resultaba la situación.

–Brian –contestó él estrechándosela.

Sin saber qué más decir se dio la vuelta y clavó la vista en el escenario. Qué situación más surrealista, se dijo, intentando concentrarse en la obra, y qué extraño que ella aludiera a las escenas de la obra como si ya la hubiese visto anteriormente. Volvió a mirarla con disimulo, ¿sería una de las fans de Evan? Para su completa sorpresa, ya que no conocía a esa mujer de nada, la idea de que ella estuviera allí para ver a su amigo le molestó.

Media hora después estaba comenzando a desesperarse. Había ido hasta allí para conocer a una amiga de Evan, y en lugar de curioso por encontrarse con ella se encontraba completamente fascinado por la mujer sentada a su lado. Cada suspiro de ella enviaba oleadas de calor por sus venas. Estaba tan pendiente de ella que era capaz de notar hasta el más leve de sus movimientos, o los instantes en los que lo que acontecía en escena lograban que contuviera la respiración. Además estaba el hecho de que Pamela había decidido hacerle partícipe de cada uno de sus pensamientos. Y para no molestar a los demás espectadores se acercaba a él y dejaba una estela dulce y sensual en su nariz, que empezaba a hacer reaccionar a otras partes más íntimas de su anatomía.

–Es curioso que Sibyl interprete obras de Shakespeare y que deje de creer en el amor que interpreta –apuntó ella con una sonrisa, que Brian adivinó más que vio.

–Supongo que lo es.

–¿No te gusta Shakesperare? –aventuró ella, con un tono de reproche en su voz.



romance a la carta

Olga Salar

–Soy inglés. Claro que me gusta Shakespeare. Sería tan antipatriótico como preferir el café por encima del té –bromeó.

–En ese caso me alegro de no ser inglesa –le siguió la broma–, soy adicta al café y el té me parece muy aburrido. Sobre Shakespeare no tengo ninguna queja.

Brian sonrió y por enésima vez se obligó a centrarse en algo que no fuera esa mujer asombrosa que le hablaba como si se conocieran desde siempre y que le tenía completamente cautivado. Con cada minuto que pasaba a su lado descubría algo nuevo sobre ella que le atraía más.

No solo era bonita y agradable. Además era divertida y tenía un peculiar sentido del humor. Seguramente Evan iba a matarle cuando se negara a conocer a su amiga, pero el tipo de oportunidad que tenía delante no solía repetirse muy a menudo, y desde luego, no iba a desperdiciar la suya.

Teniendo claro el punto, en esta ocasión fue él quien tomó la iniciativa de hablarle. Acercó sus labios a su oreja para no molestar a los demás espectadores, y tuvo que tragarse un gemido cuando sintió no solo su aroma con más intensidad, sino también el calor de su piel.

–Pamela, sé que suena a locura, pero ¿te gustaría cenar conmigo alguna noche de esta semana?

–Hoy es viernes –comentó ella, sonriendo.

–¿Eso es un sí?

–Me encantaría, pero no puedo. –Y por su expresión se notaba que le molestaba tener que rechazar la invitación.

–De acuerdo. ¿La semana que viene?



romance a la carta

Olga Salar

–No se trata de eso. Es que estoy aquí para conocer a un hombre... Un amigo quiere presentarme a alguien. Y ya me he comprometido a ello. No va conmigo salir con dos personas a la vez.

–¡Oh, Dios! –musitó Brian, y eso fue lo único que fue capaz de decir durante un rato.

CAPITULO 3

-¿Necesitas hacer cubitos de hielo con rapidez? No utilices el agua fría del grifo, sino la caliente.-

De entre sus dos mejores amigos Brian tenía claro que Camden era el

que más a menudo usaba la cabeza y el sentido común. Fue por eso por lo que se presentó en la universidad en la que trabajaba con intención de invitarle a un café y para qué negarlo, pedirle un consejo.

Tenía el día libre y un conflicto que solucionar lo que hacían perfecta una visita a la facultad.

Se adentró en el angosto y centenario edificio y se topó con Charlotte, la pelirroja que trabajaba con Camden, quien cruzaba en ese instante el pasillo, camino de su departamento.

Durante un segundo Brian se planteó si era mejor dejar que pasara antes que él y evitar así cruzarse con ella. Era una mujer atractiva, de eso no cabía duda, pero a pesar de lo poco que la conocía tenía la sensación de que era seria e



romance a la carta

Olga Salar

intimidante con su pelo severamente recogido, y sus trajes sastre, que de algún modo absurdo e infantil, le hacían sentir incómodo.

Haciendo gala de su buena educación dio una respiración profunda y se acercó a ella con una sonrisa amistosa.

–Buenos días, Charlotte –saludó, caminando a su lado.

–Buenos días –respondió ella, ofreciéndole una sonrisa encantadora que le hizo plantearse si esa mujer era capaz de leer el pensamiento, y pretendía con su recibimiento mostrarle lo equivocado que estaba sobre su carácter–. ¿Has venido a ver a Camden o tienes en mente matricularte en la facultad? –bromeó, dejándole todavía más sorprendido.

–La historia no es lo mío –respondió, devolviéndole la sonrisa–. Solo vengo por el café.

–Entonces tienes suerte porque creo que Cam tiene libre la siguiente clase, y tenemos cafetera italiana en el departamento –comentó, deteniéndose frente a la puerta del departamento.

–Las damas primero –ofreció Brian, con un gesto grandilocuente de la mano.

–Muchas gracias, caballero –cceptó ella, abriendo la puerta y entrando en la sala, que a excepción de Cam, estaba completamente desierta a esas horas de la mañana.

–Buenos días, Camden –saludó Charlotte, con la misma sonrisa encantadora que le había ofrecido a él unos minutos antes. No obstante, aunque su gesto fue el mismo, Brian notó que el brillo en su mirada era especial.

El aludido levantó la cabeza del libro que leía con intención de devolverle el saludo, pero se topó con la sorpresa de ver a Brian allí.



romance a la carta

Olga Salar



–Hola, Cam. Me he encontrado con esta encantadora señorita por el camino, mientras venía a invitarte a un café, fuera de estos muros de sabiduría –dijo, intentando sonar casual.

–Buenos días, Charlie –respondió al saludo de su colega, y añadió mirando Brian–. ¿Se puede saber por qué todos mis amigos creen que puedo escaquearme del trabajo así como así?

–Seguramente porque puedes hacerlo –intervino Charlotte, quien en ese instante se estaba quitando el abrigo, y al mostrar lo que llevaba debajo dejó a ambos hombres sin habla.

–Charlotte, ¿recuerdas lo que he dicho antes de que la historia no es lo mío? –preguntó Brian, que esperó a ver el asentimiento de ella para proseguir–, pues he cambiado de opinión.

Ella sonrió en respuesta. Un poco avergonzada por el revuelo que había causado su vestido. Normalmente no se ponía ropa tan informal para ir a trabajar, aunque, para ser justos, su atuendo no era más que un vestido negro de punto, largo hasta la rodilla, con un escote en pico que marcaba su estrecha cintura, y acentuaba el color rojo de su cabello.

Su intención al ponérselo había sido captar la atención de Camden. No obstante, que el cocinero se diera cuenta de su buen aspecto aumentaba su moral, y le daba esperanzas sobre sus posibilidades.

–Estás muy guapa, Charlie. Seguro que vas a romper corazones entre tus alumnos –dijo Camden, pretendiendo ser amable. Sin embargo su comentario le valió una mirada sorprendida de Brian y otra ofendida por parte de Charlotte.

Temiendo volver a meter la pata, aun sin saber porqué lo había hecho la primera vez. Se levantó de la silla y fue hasta su abrigo.



romance a la carta

Olga Salar

–Vayamos a por ese café, Brian. Nos vemos más tarde, Charlie.

Salió del departamento y se esperó en la puerta hasta que Brian se despidió de la pelirroja.

Caminaron en silencio por los pasillos de la universidad, cada uno perdido en sus pensamientos. No fue hasta que estuvieron fuera que Camden se decidió a hablar:

–Ya estamos solos. ¡Dispara! ¿Por qué has venido a verme? Siempre que me buscas es para preguntar mi opinión sobre algún tema que te preocupa. – apuntó Cam con suspicacia.

–Y cuando tú vienes a verme a mi es para comerte mi comida. Así que estamos en paz.

–¡Cierto! Ahora, cuéntame.

–Espera a que lleguemos a la cafetería. Antes me gustaría preguntarte algo, ya sabes... Para no romper la tradición ¿eres idiota o te lo haces?

–Esto se pone cada vez mejor –bromeó Cam, desconcertado por la pregunta.

–¿No tienes ni idea, verdad?

–Desconozco muchas cosas, pero ahora mismo no sabría decir a cuál de ellas te refieres –aceptó con curiosidad.

–¿Charlotte? –preguntó Brian, arqueando una ceja y clavando su mirada en él para no perderse su reacción.

–¿Charlie? ¿Qué sucede con Charlie?

Brian se tomó un instante para decidir si debía decirle lo evidente o por el



romance a la carta

Olga Salar

contrario era mejor dejar que se diera cuenta por sí mismo. Quizás para su amigo fuera mejor que se lo dijera sin más. No obstante, si tenía en cuenta los sentimientos de Charlotte lo mejor era dejarlo estar y permitir que Cam comprendiera lo que esa mujer tenía para ofrecerle.

Decidió callar. Después de todo le habían educado para que respetara la identidad y personalidad de la gente con la que se encontrara a lo largo de su vida. Y aunque Cam fuera su hermano, uno de sus mejores amigos... Charlotte era una mujer que sentía, y se merecía que guardara su secreto hasta que Cam descubriera a la mujer con la que trabajaba día tras día.

–Nada. No le pasa absolutamente nada.

Estamos de acuerdo en que Evan no es la persona más adecuada para presentar a potenciales parejas románticas, pero... –Cam se detuvo para dar dramatismo al momento–, quizás esta vez sea diferente.

–¿Tú crees? –inquirió Brian.

–Bueno, para empezar es una compañera de trabajo, pero no es actriz, lo que descarta que sea una diva o una ex; tampoco es una acosadora de la que quiere deshacerse. Y por otro lado a ti te gustó.

–Las mujeres que me presenta mi madre también parecen encantadoras... Al principio.

–Tu madre está desesperada porqué le des nietos. No es imparcial.

–En realidad mi madre está desesperada porque salga con una mujer. Estoy seguro que desde que le dije que quería ser cocinero piensa que soy gay, y el



romance a la carta

Olga Salar

que no le haya llevado a nadie para que la conozca no ayuda mucho a mi causa.

–Tu madre no es ni tan prejuiciosa ni tan absurda para creer algo como eso. –La defendió Cam–. En cualquier caso lo que ahora importa es que la chica que te presentó mi hermano te gustó.

Brian se quedó en silencio, meditando lo que Cam acababa de exponer con tanta seguridad. No era la primera vez que Evan les utilizaba para desviar la atención de las mujeres que lo acosaban. En esas ocasiones las chicas estaban más interesadas en el hecho de cenar junto al hermano o al mejor amigo de Evan que en quienes eran ellos realmente. En cualquier caso en esas ocasiones tanto Cam como Brian sabían a qué atenerse desde el primer momento. No obstante, con Pamela nada era fácil.

–A lo mejor me gustó porque hablamos poco. Y cuando tu hermano llegó y nos presentó oficialmente los dos estábamos demasiado sorprendidos de quiénes éramos para reaccionar.

–También cabe la posibilidad de que sea tan encantadora como creíste. –insistió Camden.

–Yo no la definiría con esa palabra. *Sexy*, divertida... La perfilan mejor.

–Lo que sea. ¡Céntrate! –pidió Cam.

–Puede que tengas razón. Supongo que tendré que invitarla a cenar –comentó, con gesto pensativo.

Cam abrió los ojos con estudiada exageración. Descolocado por completo tras el último comentario de su amigo.

–¿No la invitaste a salir el viernes? Pensaba que ese era el motivo para que fueras al teatro.



romance a la carta

Olga Salar

–No. Estaba en *shock*. No pensé –confesó, frunciendo el ceño, al recordar lo estúpido que había parecido esa noche.

–Si me hubieses dicho esto desde el principio nos habríamos ahorrado esta conversación, y habríamos podido ir directamente al partido del sábado –apuntó Cam, dándole un sorbo a su taza de café.

–¿Qué quieres decir? –inquirió confuso.

–Hoy es lunes.

–Lo sé. Créeme, los lunes tengo el día libre. Es difícil que me olvide de qué día es.

–Creo que no lo entiendes. Hoy es lunes, la conociste el viernes. Fuiste a un encuentro en el que los dos sabíais que ibais a conoceros y a concertar una cita. Y tú te olvidaste de invitarla esa noche, o de llamarla al día siguiente. En realidad hace dos días que tendrías que haber movido ficha, y no lo has hecho. Es imposible que esa mujer acepte salir contigo. Al final va a resultar que el que el idiota eres tú no yo.

CAPITULO 4

-Para que los vegetales conserven su color al ser cocinados, basta añadir un poco de zumo de limón a la olla o sartén (excepto con vegetales verdes)-

Llevaba sentado con el móvil en la mano la última media hora. Tras volver a casa de su charla y café con Cam, había decidido dejar de postergar la llamada y hacerla de una vez por todas. Si su amigo acertaba en su apreciación, y Pamela se negaba a verle, ya no tendría que preocuparse de que no fuera su tipo, y de que su atracción no hubiese sido más que la consecuencia de haberse conocido en un teatro a oscuras, se dijo, aunque su penosa excusa sonó poco convincente incluso para sí mismo.

La posibilidad de haber perdido la oportunidad de conocer a Pamela le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Del mismo modo que inconscientemente saboteara sus citas, había dejado pasar el momento de llamarla y concertar un encuentro con ella, preocupado por lo que esa mujer había sido capaz de despertarle en el par de horas que habían estado juntos.



romance a la carta

Olga Salar



Normalmente no le preocupaba llegar tarde o fastidiar el encuentro, seguramente porque sabía de primera mano que la persona a la que tenía que ver no era lo que andaba buscando. Lamentablemente en esa ocasión las excusas que se daba a sí mismo carecían de fundamento porque Pamela era perfecta.

De cualquier manera retrasar el momento hacía crecer su incertidumbre que, sin duda, era peor que un rechazo.

Con decisión, buscó el número de Pamela en la agenda del móvil, y presionó sobre la pantalla para que se hiciera la llamada. Cuatro tonos más tarde la voz de una mujer sonó a través del altavoz.

–¿Dígame?

A pesar de que estaba esperando que descolgara, escuchar su voz hizo que se le erizara el vello de la nuca.

–Pamela, soy Brian, el amigo de Evan. Nos conocimos el viernes en el teatro – explicó de carrerilla, más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca por una mujer.

–Perdona, ¿quién has dicho que eras? –inquirió ella. Consiguiendo que Brian parpadeara confundido.

–Soy Brian, el amigo de Evan Nash. Yo...

–Ya te recuerdo –Le cortó ella–. Tú dirás...

No piensa ponérmelo fácil, adivinó Brian, al notar la actitud defensiva de ella. Seguramente Cam tenía razón y la llamada había llegado demasiado tarde. Después de todo no era tan descabellado que se mostrara reticente. No solo porque su mejor amigo fuera un experto en casi todas las materias sino porque



romance a la carta

Olga Salar

además, era muy amigo de una mujer.

–Verás, he tenido un par de inconvenientes en el trabajo este fin de semana y no he podido llamarte antes, y aprovechando que hoy es mi día libre he pensado en invitarte a cenar –se calló a la espera de su respuesta.

–No voy a cenar contigo esta noche –aclaró Pamela con decisión–. Es demasiado precipitado y además, ya tengo planes. Sin embargo, acepto tomarme un café contigo.

–Un café me parece perfecto –contestó con rapidez, antes de que se arrepintiera de habérselo ofrecido–. ¿Qué tal ahora?

–Te espero dentro de media hora en la cafetería de la calle Brick Line llamada *Café 1001*.

–Allí estaré –afirmó, sintiéndose mucho mejor de lo que estaba unos minutos antes.

–Nos vemos, Brian –se despidió ella, antes de colgar.

El rubio se dejó caer de golpe en el sofá. Lo había hecho, la había llamado e invitado a salir y aunque se había negado a cenar con él, al menos le había ofrecido un café como premio de consolación. Su primera impresión había sido creer que Pamela no se había quedado tan impactada con él como él con ella. No obstante, a medida que avanzaba la conversación descubrió que la única razón por la que fingía no recordarle era porque estaba dolida de que no la hubiera invitado ese mismo viernes en el teatro. Después de todo había sido ella la que había dado el primer paso presentándose.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había sido un idiota, pero lo importante era que estaba dispuesto a solucionar el entuerto.



romance a la carta

Olga Salar

Se levantó como un resorte del sofá, y salió a toda prisa del salón. No podía llegar tarde y todavía tenía que ducharse, cambiarse y encontrar la maldita cafetería que ni siquiera le sonaba.

Estaba a punto de salir de casa cuando recibió la llamada de Martin Field, el primer chef del Pink Flamingo, y su jefe directo.

Martin le llamaba para informarle de que había cesado a Marcelo Fossati, el chef encargado de la partida de pescado, de su cargo. Y de que al día siguiente iba a tener que hacerse cargo de reemplazar al nuevo chef que se encargaría de dirigir dicha partida.

Tras comentarlo entre ellos, y sopesar los pros y los contras, ambos llegaron a la conclusión de que lo mejor era ascender a alguno de los cocineros que actualmente trabajaban en el restaurante. Demostrando de ese modo que si hacían bien su trabajo iban a poder medrar allí.

Para ello Brian tendría que probar a los que se presentaran a la prueba, y tomar una decisión al respecto, ya que Martin salía esa misma noche de viaje para asistir a un congreso en Dubai, y le dejaba a él toda la responsabilidad en la elección. Lo que, al mismo tiempo, repercutiría en su propio currículum.

Ultimando los detalles y escuchando los consejos de Martin se le pasaron los minutos. De modo que cuando por fin colgó el teléfono y fue consciente de la hora, comprendió que iba a comenzar con mal pie, ya que llegaba noventa minutos tarde.

–Hola, Pamela –saludó con una sonrisa de disculpa–. Siento mucho llegar tarde, pero he tenido que atender una llamada de última hora de trabajo.

–No te preocupes. Acabo de llegar –confesó con naturalidad, a pesar del nudo que tenía en el estómago.



romance a la carta

Olga Salar

El hombre que tenía delante era increíblemente atrayente. Sus recuerdos no le hacían justicia a su atractivo.

Se había pasado el fin de semana pendiente del teléfono, esperando su llamada, y desesperándose porque no llegara. Ya se había hecho a la idea de que no lo haría cuando su teléfono había sonado. Su primera reacción había sido demostrarle que no estaba desilusionada o dolida por su falta de interés, que apenas recordaba vagamente haberle conocido, pero era una pésima mentirosa, y aunque había rechazado la invitación para cenar no había podido resistirse a volver a verlo y comprobar si era tan encantador como lo recordaba.

Se mordió la lengua para no suspirar. Ciertamente no era como lo recordaba, era infinitamente mejor.

–¿Acabas de llegar? –preguntó con incredulidad.

Pamela se encogió de hombros, restándole importancia al hecho de que había sido tan poco puntual como él.

–Evan me avisó de que te resulta imposible llegar a tiempo, por lo que decidí que había una posibilidad muy pequeña de que por una vez cumplieras con los horarios. Y en cualquier caso, me pareció mejor que esperaras tú a tener que hacerlo yo –expuso su punto de vista con tanta naturalidad que descolocó por completo a Brian.

–¿No te importa que me cueste llegar a tiempo?

–Soy americana, no británica. Para mí la puntualidad está sobrevalorada. Además solo es un café –dijo restándole importancia a que llegara tarde.

–Lo que leyendo entre líneas quiere decir que si cuando quedemos para cenar llego tarde me despellejarás vivo –dijo, sonriendo.



romance a la carta

Olga Salar

–Algo así –aceptó Pamela, fascinada por el cambio de su rostro al sonreír–. Pero claro, primero tendría que aceptar cenar contigo y sigo estando muy ocupada.

–Y yo aún sigo teniendo esperanzas de que te reserves una noche libre para mí –dijo ofreciéndole su mejor sonrisa.

CAPITULO 5

-Si se te ha terminado el azúcar glass solo tienes que moler unas cucharadas de azúcar normal en un molinillo.-

Durante el café del lunes Brian se había salido con la suya y Pamela

aceptó cenar con él a la noche siguiente. Por el trabajo de ambos, habían quedado para disfrutar de una cena tardía en una pequeña pizzería del centro que servía comidas las veinticuatro horas del día.

No era un local de lujo, ni un restaurante con el que impresionaría al tipo de mujer con el que solía salir. No obstante, el servicio era agradable y la comida deliciosa, y a pesar de lo poco que conocía a su cita, tenía la sensación de que ella valoraría más esos detalles que la calidad de la tela de los manteles y las servilletas.

A pesar de todo estaba nervioso. Se había dicho a sí mismo que la presión de tener que seleccionar al sustituto de Marcelo le estaba afectando, pero, aunque una parte de su preocupación se debía al trabajo, en realidad su inquietud era



romance a la carta

Olga Salar



motivada por su inminente cita.

A las siete de la mañana cuando entró en el restaurante, que permanecía cerrado al público, dio la noticia a sus empleados. Tal y como habían previsto Martin y él mismo, varios de los ayudantes de cocina se presentaron para la prueba, sabían que era una oportunidad que no podían dejar pasar.

Mostrándose previsor Brian comenzó con la selección desde primera hora. Mientras se dedicaban a la preparación para el día, estuvo pendiente del trabajo de cada uno de los cinco aspirantes. A diferencia de Martin, que pasaba más tiempo en el despacho que en la cocina, Brian sabía cómo se desenvolvía cada uno de ellos en el trabajo. Y tenía claro, de antemano, que de todos, Henry Dalglish era el que tenía más posibilidades de conseguir el puesto.

No obstante, se mostró imparcial mientras se paseaba por sus dominios y supervisaba la labor de los cocineros.

A la hora de dar las comidas ya tenía bastante claro quién sería el sustituto, y media hora antes de las once de la noche, ya que no estaba dispuesto a llegar tarde a su cita, por nada del mundo, notificó a Henry que la partida de pescado estaría a su cargo durante los próximos quince días en los que tendría que demostrar que su elección era correcta.

Se marchó del Pink Flamingo cuando supo, con absoluta certeza, que no le necesitaban, aunque ya desde el instante en que entró por la puerta del restaurante, tuvo claro que ningún incidente, por grave que fuera, conseguiría que llegara tarde a su cita.

Pamela hizo oídos sordos a la advertencia de Evan, de que Brian era incapaz de llegar puntual, y se fió de su propio instinto. Pasaban escasos minutos de las



romance a la carta

Olga Salar

once de la noche cuando entró en la pizzería Mario, y se topó con la atractiva sonrisa de Brian Mosley, saludándole desde la barra del local tras la que estaba sentado.

Al verle con unos vaqueros y un jersey de lana gris con ribetes en piel negra, se alegró de no haberse puesto el vestido rojo por el que había estado tentada de apostar. Su falda negra de tubo y la blusa blanca con el gran lazo *lady* era más apropiado para la elegante informalidad con la que él iba ataviado.

Devolviéndole la sonrisa se acercó hasta donde se encontraba, y aceptó el cálido beso que Brian depositó en su mejilla.

–¿Pasamos al comedor? La mesa ya está lista y yo me muero de hambre – comentó asiéndola de la cintura.

El salón en el que entraron estaba completamente vacío a excepción de ellos dos. Quizás por la hora, o porque se trataba de un día entre semana, en cualquier caso, la intimidad resultaba prometedora.

Durante la espera Brian había pedido la bebida, así que un camarero rubio de unos veinte años, apareció con una botella de vino y dos copas en una bandeja metálica.

La botella de vino se abrió como si fuera de *champagne*, y un líquido rojo y espumoso se deslizó por la copa de Pamela a quien el camarero sirvió en primer lugar.

–Pruébalo –animó Brian, con una sonrisa confiada.

Sin dejar de mirarle a los ojos se llevó la copa a los labios y lo saboreó. La dulzura del vino invadió sus papilas gustativas, y suspiró de puro gozo.

–Delicioso –apuntó. Aunque sabía que él estaba seguro del éxito de la bebida.



romance a la carta

Olga Salar

El joven camarero rio con disimulo y abandonó el comedor.

–Es el mejor vino de la casa. Italiano y dulce, perfecto para la *pizza* o la pasta.

–Pues como la *pizza* sepa igual que el vino me voy a poner enorme porque no pienso dejar ni los bordes –bromeó, volviendo a mostrarse tan habladora como la noche del teatro antes de saber quién era Brian en realidad.

Con la misma discreción que había mostrado al traer el vino, el camarero regresó con una ensalada y un plato de quesos variados.

–Me he tomado la libertad de elegir el menú. Espero que no te importe.

–Tú eres el experto –concedió Pamela con picardía–. Y yo siempre me dejo aconsejar por ellos –dijo con un toque de coquetería.

Durante el resto de la velada comieron y hablaron con naturalidad. Superada ya la parte incómoda de todo comienzo. La comida era excelente, el servicio sumamente eficiente y muy discreto. Y aunque se escuchó cierto movimiento en el bar, en el comedor no entró nadie más que el camarero y el tiempo justo para llevarse los platos y servir los nuevos.

Lo que les permitió hablar libremente de cualquier tema sin tener que coartarse porque pudieran ser escuchados. De hecho Brian podía asegurar que era una de las pocas citas que había tenido en los últimos años en la que se estaba divirtiendo.

–¿Por qué aceptaste conocerme? –preguntó, por fin. Era una idea que llevaba dándole vueltas a la cabeza desde el instante en que supo que ella era Pamela–. Eres preciosa, inteligente y simpática, podrías tener a cualquier hombre sin necesidad de recurrir a presentaciones de amigos.



romance a la carta

Olga Salar



–Halagándome no vas a conseguir que te cuente mis más oscuros secretos. – bromeó ella, sin dejar de sonreír, complacida por sus palabras. –La verdad es que lo hice por Evan. Sentí que se lo debía.

Brian arqueó una ceja, entre desconcertado e interrogante.

–Cuando llegué a Londres me sentía un poco fuera de lugar. Nuevo país, nueva ciudad y siempre rodeada de desconocidos. Reconozco que tengo tendencia a hablar demasiado y a ser demasiado franca, y eso es algo que a tus compatriotas no les atrae, especialmente en alguien a quien acaban de conocer. Digamos que Evan fue la primera persona que fue amable conmigo.

–Me lo creo. A pesar de su pose de tipo duro, Evan ha sido siempre el protector de los desvalidos. De pequeños decidió que lo mejor era adoptarme como hermano para que no me sintiera solo.

Pamela se echó a reír a carcajadas.

–¿Y eso por qué?

–Siempre estábamos juntos y yo no tenía hermanos. Camden y Evan me adoptaron, simbólicamente –añadió, sonriendo.

–Camden es el hermano de Evan. Le conozco. Lo vi la noche del estreno con sus padres. Evan me lo presentó.

–Los Nash son unas personas maravillosas –se notaba en el tono de Brian la sinceridad y el afecto con que lo había dicho.

–Y muy guapos. Camden es tan atractivo como Evan, y por lo que pude ver ambos lo han heredado de sus padres.

Brian frunció el ceño antes de decir:



romance a la carta

Olga Salar

–Cam no es para ti.

Pamela ocultó una sonrisa y dio un sorbo de su copa de vino antes de responder.

–¿Por qué? ¿Los hombres atractivos e inteligentes no son para mí?

Brian supo que le había pillado, no obstante, no pensaba darse por enterado.

–Me refiero a que Cam es un genio, pero en el amor es más bien lento. Le cuesta darse cuenta de lo que sucede a su alrededor. Probablemente tendrías que redactarle un ensayo para que te besara.

–Ya veo... Y supongo que con los hombres como tú eso es innecesario. –
aventuró ella, con descaro.

Brian no respondió sino que la miró con intensidad, primero a los ojos, y después, con lentitud, fue bajando la mirada hacia su boca. Cuando ella se pasó la lengua por los labios supo que era el momento indicado para demostrarle lo acertado de su afirmación.

Con seguridad cubrió la distancia que les separaba y posó su cálida mano en su nuca, acercándola hasta él.

Su boca le acogió con un suspiro que le permitió ahondar en ella. Sabía tan dulce como el vino, y las fresas que habían tomado de postre, aunque su sabor era más excitante.

Comenzó tanteándola, mordisqueándole los labios, y ofreciéndole su lengua, tentándola para que le ofreciera la suya. Sin embargo, pronto perdió el control del beso. Los brazos de Pamela se enroscaron alrededor de su cuello, sorteando con éxito la distancia que separaba sus sillas, y un instante después sentía los pechos turgentes apretados contra el suyo. El aroma que ella desprendía le



romance a la carta

Olga Salar

nubló el entendimiento y pronto acabaron con ella sentada a horcajadas sobre él.

No se separaran hasta que se hizo necesario respirar...

–Puede que tengas razón –comentó ella, intentando recobrar la serenidad, y el dominio de sí misma.

Brian se limitó a sonreír satisfecho.

CAPITULO 6

-Para recuperar el buen aspecto de la lechuga ponla en remojo unos minutos en agua muy fría en la que habrás sumergido con anterioridad una patata cruda en trozos.-

Después de la cena en la pizzería, Pamela y Brian siguieron viéndose.

No obstante, los trabajos de ambos les obligaban a verse a horas intempestivas. O cenaban juntos poco antes de medianoche, o desayunaban casi cuando rayaba el alba. A pesar de todo, ningún inconveniente era tan grande para que dejaran de frecuentar su mutua compañía.

El miércoles siguiente por la tarde, Martin regresó de su viaje, y como agradecimiento por haberse hecho cargo de la suplencia de Marcelo y del restaurante en su ausencia, le dio a Brian la mañana libre. De modo que este no tenía que trabajar hasta las cinco de la tarde, hora en la que el Pink Flamingo comenzaba con la preparación para las cenas.

Acostumbrado al trabajo Brian no supo qué hacer para matar el tiempo, razón



romance a la carta

Olga Salar



por la que llamó a Evan, quien nunca rechazaba una invitación para comer, y quedaron en casa del cocinero.

Como su amigo le había prohibido preparar nada hasta que él llegara y pudiera ver cómo lo hacía, Brian volvió a encontrarse con demasiado tiempo libre y nada con que ocuparlo, mas que los recuerdos de la mujer que se había adueñado de cada uno de sus pensamientos.

Se veían todos los días, y con cada encuentro descubría una faceta nueva de ella que le obligaba cuestionarse todo lo que creía saber.

Que era hermosa por fuera era algo que saltaba a la vista, el que también lo fuera por dentro lo demostraba en los pequeños gestos cotidianos de los que él era testigo... Como el hecho de que cada vez que quedaran para desayunar se llevaba un café cargado y amargo para el músico de acento americano que tocaba la guitarra en la boca del metro... o las muestras de maquillaje que le regalaba a la acicalada anciana que acudía al *Café 1001*, y que siempre estaba sola en su mesa, excepto cuando Pamela le hacía compañía...

El timbre lo sacó de golpe de sus pensamientos. Fue hasta la puerta para abrir y se topó con un Evan ataviado con abrigo largo y oscuro, y gorra calada hasta los ojos.

—¿Vas de incógnito? —preguntó con guasa, al tiempo que se apartaba de la puerta para que entrara.

—Muy gracioso —dijo Evan adentrándose en la casa y deshaciéndose del disfraz—. ¿Por qué no huele a nada?

—No he cocinado nada. Te estaba esperando para que aprendieras algo del maestro.

—A eso he venido —aceptó Evan con sinceridad—. Aunque si he de serte sincero



romance a la carta

Olga Salar

esperaba que me hubieras preparado algún aperitivo. Después de todo te formaste en España.

Brian se encogió de hombros como disculpándose si bien los dos sabían que el comentario de Evan no era más que una broma.

–Supongo que estas clases de cocina que me obligas a darte son para impresionar a tus citas –se burló el cocinero.

Al tiempo que abría la nevera para comprobar qué tenía en ella que pudieran cocinar.

Últimamente siempre que los dos amigos estaban libres de compromisos laborales aprovechaban sus encuentros para que Brian le diera consejos y nociones de cocina. Y no se trataba solo de un interés por impresionar a las mujeres, sino de que a Evan le gustaba comer bien, y por lo tanto aspiraba a cocinar lo más decentemente que fuera posible, ya que aunque pudiera parecer lo contrario, era un hombre casero que disfrutaba de su intimidad.

–Para nada. No necesito de tus truquitos para impresionar a las damas. Tengo los míos propios, y créeme, me funcionan de maravilla.

–Una pena que tu hermano no pueda decir lo mismo...

–Sí, bueno, Cam nunca ha sido de cocinar nada comestible. Si no fuera por mi madre...

–No me refiero al aspecto gastronómico –explicó Brian.

–Entonces ¿qué quieres decir? –inquirió intrigado.

–El otro día estuve en la facultad y me topé con una escena que me dejó un poco desconcertado. ¿Recuerdas a la pelirroja que trabaja con tu hermano,



romance a la carta

Olga Salar

Charlotte? –preguntó Brian al tiempo que sacaba del frigorífico una botella de vino blanco, diversas verduras y unas pechugas [1]de pollo fileteadas.

–Sí, claro. Creo que son amigos desde hace mucho tiempo. Si no me equivoco fueron juntos a la universidad.

–Puede ser... El caso es que creo que ella se siente atraída por él –apuntó.

–¿Y Cam no está interesado? –preguntó Evan, intentando situar la escena que Brian le estaba pintando.

–En realidad creo que no tiene ni idea de lo que ella siente. Y ese es parte del problema. Tu hermano está demasiado pendiente de los grandes misterios de la humanidad como para darse cuenta de lo que sucede a su alrededor.

–¿No has pensado que tal vez no quiere darse cuenta porque está enamorado de otra persona?

Brian sacó una cazuela de barro de uno de los armarios de la cocina mientras digería el comentario de su amigo.

–Cam no sale con nadie. Si lo hiciera lo sabríamos.

–A no ser que la persona con la que sale no viva en Londres durante todo el año. Tal vez incluso lo disfracen de amistad...

Brian se pasó los dedos por la frente antes de hablar.

–Ya veo por dónde vas y te equivocas –ahora sí que había metido la pata, comprendió Brian. No tendría que haber sacado el tema porque Evan lo había llevado a un terreno en el que se sentía demasiado implicado.

–¿Me equivoco?



romance a la carta

Olga Salar



–Solo son amigos, Evan. Buenos amigos y nada más. Reconozco que ella es preciosa y encantadora, pero no hay nada romántico en su relación –afirmó, con seguridad.

–No tenía ni idea de que la conocieras tan bien –el tono acusatorio de Evan no se le escapó a Brian.

–En realidad sí que lo sabías, lo que sucede es que tienes una facilidad pasmosa para olvidarte de todo lo que tiene que ver con esa mujer. Tal vez tendrías que consultar con un especialista –bromeó, para aligerar el ambiente.

–Anda, calla y cocina que estoy hambriento. Y mientras lo haces puedes ir dándome las gracias por haberte presentado a Pamela.

Brian arqueó una ceja y le miró sardónico.

–Te recuerdo que ya la conocía cuando me la presentaste.

–Y la única razón por la que la conociste fue porque te la coloqué en un lugar estratégico. No quieras robarme el mérito.

Brian inclinó la cabeza en señal de aceptación.

–Tienes razón. Gracias por presentarme a una mujer a la que merece la pena conocer. Es sorprendente que hayas sido tú quien la ha puesto en mi vida, teniendo en cuenta la cantidad de desastres con falda que me has presentado a lo largo de los años.

–Alguna vez tenía que dar en el blanco. Es cuestión de estadística. Ahora disfruta de su compañía antes de que regrese a América –comentó con naturalidad, como si creyera que Brian estaba enterado de ese detalle.

–¿Cómo dices?



romance a la carta

Olga Salar

–No lo sabías –afirmó Evan, de repente serio y plenamente consciente de la situación.

No pudieron seguir con la conversación porque en ese momento escucharon cómo se abría la puerta de casa.

–Es mi madre. Debe de creer que estoy trabajando y ha venido a recoger la casa –comentó Brian, limpiando la encimera para ponerse a cortar las verduras.

–¿Recoger? –preguntó Evan alzando las cejas.

–Ya sabes cómo es. Cree que si ella no viene a limpiar mi dormitorio me ahogaré entre ropa sucia y zapatillas –explicó con una sonrisa que dejaba claro lo mucho que adoraba a su madre y sus excentricidades. Después de todo era hijo único y su madre había volcado en él todo el cariño y los cuidados que hubiera querido repartir entre varios hijos.

Evan no dijo nada porque un segundo después una mujer rubia y delgada, elegantemente vestida, irrumpía en la cocina con una expresión sorprendida que pronto se tornó en preocupada.

–Brian, cariño, ¿estás enfermo? –preguntó al verle en casa cuando debería estar trabajando. Su hijo era demasiado formal como para estar en casa a esas horas sin un motivo de peso.

–No, mamá. Estoy bien, es que tengo horas libres –explicó acercándose a ella para besarla.

Como si la explicación de su hijo le hubiese hecho volver a la realidad de lo que la rodeaba, se giró hacia Evan para saludarle:

–Evan, cielo, disculpa mis modales, ¿cómo estás, cariño? Hacía mucho que no te veía.



romance a la carta

Olga Salar

–Hola, Heather, estoy bien, aunque no tanto como tú, que sigues luciendo tan espectacular como siempre –la aduló, acercándose él también a besarla.

Heather sonrió, encantada con los cumplidos. Evan siempre era encantador con ella, en realidad lo era con todo el mundo. Y el haberle conocido desde niño y que se hubiera criado con su hijo hacía que se sintiera orgullosa de sus éxitos.

–Tú siempre tan seductor. No me extraña que las mujeres se vuelvan locas por cazarte.

–Mamá, ¿has estado leyendo la prensa rosa? –inquirió Brian con una mezcla de diversión y censura en la voz.

–Por supuesto que sí. ¿Qué te habías pensado? Incluso intercambio revistas con Victoria.

Evan emitió una carcajada estrangulada al intentar ocultar su júbilo. Por lo visto la madre de su mejor amigo y la suya propia se habían convertido en sus seguidoras más fieles.

–Bueno, chicos. ¿Qué hacéis? –preguntó Heather al tiempo que se quitaba el abrigo y lo colgaba junto con el bolso en el respaldo de una de las sillas de la cocina.

–Intento que Evan aprenda alguna receta exótica para que impresione a sus amigas –expuso Brian con sorna.

Evan se encogió de hombros con su estudiada sonrisa de inocencia. Después de todo la madre de Brian acababa de insinuar que no necesitaba recurrir a ningún truco para enamorar a una mujer.

Heather parpadeó repetidamente como si estuviera asimilando las palabras de su hijo.



romance a la carta

Olga Salar

–Bueno, cariño, siendo así no te vendría mal que te cobraras tus enseñanzas pidiéndole a tu amigo que te diera alguno de sus consejos para atraer a las mujeres –apuntó con seriedad.

La respuesta de Brian fue quedarse boquiabierto sin ser capaz de pronunciar palabra alguna. Evan por el contrario fue más expresivo. En esta ocasión ni siquiera fue capaz de fingir una tos antes de que las carcajadas salieran en tropel por su garganta.

[1] Pollo con espárragos trigueros. Anexo recetas.

CAPITULO 7

-Para que la pasta quede perfecta es importante recordar que la sal se pone una vez que el agua hierva y después de haberla echado en la olla.-

Brian salió lo más pronto que pudo del restaurante, y aun así, llegaba tarde

a su cita con Pamela. De nuevo. La única parte buena de ello era que a ella no parecía preocuparle demasiado que no fuera puntual. Detalle que todavía la hacía más perfecta a sus ojos.

La única pega que podía otorgarle a la morena era que no tuviera fijada su residencia en Londres indefinidamente. Aunque todo lo que sabía sobre esto era por el comentario que Evan le había hecho en su casa; lo cierto es que no se había atrevido a preguntarle a Pamela directamente sobre su posible regreso a Estados Unidos.

No obstante, sabía, tras interrogar a su amigo, que su contrato con la compañía terminaría en unos meses, pero no tenía la certeza absoluta de que quisiera regresar, o de que fuera a hacerlo.



romance a la carta

Olga Salar



No obstante, que la respuesta de ella fuera afirmativa le preocupaba tanto que ni siquiera se había planteado preguntárselo directamente. Tal vez si su relación se afianzaba la posibilidad de que decidiera quedarse en Londres crecería también, y la pregunta se haría innecesaria.

Y es que Brian se había pasado los dos últimos años, tras su ruptura con Bethany, una afamada repostera, que había cambiado su relación por un trabajo en el restaurante de uno de los mejores hoteles de París. Desde entonces había ido de cita en cita, sin dar con esa persona que le hiciera sentir algo más que curiosidad o mero deseo sexual.

Y lamentablemente justo cuando creía haberla encontrado se topaba con muchas posibilidades de verse obligado a repetir la historia: enamorarse de una mujer con la que no compartiría el mismo aire, ni siquiera el mismo país.

Aminoró el paso cuando se metió en la calle de la cafetería en la que había quedado con ella. Más que por no parecer ansioso lo hizo porque había corrido tanto, para minimizar el retraso, que apenas podía respirar.

Al llegar a la puerta se detuvo y miró a través de los cristales. Pamela estaba sentada prácticamente en la mesa situada en el centro de la sala. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo, vaqueros y un jersey de cuello vuelto que todavía estilizaba más su grácil cuerpo. Tenía las piernas cruzadas y en las manos sostenía un libro del que no despegaba los ojos. Sonrió para sí mismo al recordar el comentario de Evan sobre que Pamela era demasiado lista para estar pegada a un libro a todas horas. Puede que aparentemente no fuera una intelectual, pero a esa mujer a le apasionaba leer. Y lo mejor de todo era que devoraba los libros a la velocidad de la luz. Las tres últimas veces en las que habían quedado, y como no, llegó tarde, la había encontrado leyendo. Un libro distinto en cada ocasión.

Ansioso por hablar con ella, abrió la puerta y entró, directo hacia su mesa.



romance a la carta

Olga Salar



–Hola, preciosa –saludó–. Perdona por el retraso. Otra vez –se acercó hasta ella para darle un suave beso en los labios. Apenas un roce, y aun así, sintió cómo su cuerpo reaccionaba a ello.

–Acabo de llegar –dijo Pamela, alzando la cabeza del libro que estaba leyendo. Se calló cuando vio la hora en el reloj de la pared de la cafetería–. No es cierto –confesó, desconcertada–. En realidad llevo una hora aquí sentada, pero no me había dado cuenta. He estado leyendo.

Arqueando una ceja Brian le quitó de las manos el libro para ojearlo, aunque en realidad lo que buscaba era tocarla, aunque fuera brevemente. El beso le había dejado anhelante de contacto.

A pesar de no ser un gran lector el título del libro le sonaba mucho: *Un viaje infinito*.

–Debe de ser muy interesante si has podido olvidarte de mí –comentó, intentando situar la sensación de que se estaba perdiendo algo evidente que tenía frente a sus ojos.

–Es una novela maravillosa de una escritora que acabo de descubrir: P.M. Pryce. Estoy segura de que leeré algo más suyo.

Brian prestó más atención al libro. Concretamente al nombre de la autora, impreso en letras negras.

–¡Vaya! –exclamó, aunque estuvo tentado de soltar un ¡jeureka! a la altura del de Arquímedes.

–¿Sucede algo? –inquirió Pamela, observando cómo Brian le daba vueltas al libro y lo estudiaba desde todos los ángulos posibles.

–¿Te gustaría conocer a la autora? –ofreció con orgullo mal disimulado, y la



romance a la carta

Olga Salar

certeza de que ese era el momento perfecto para descubrir aquello que no se atrevía a preguntar directamente—. Si puedes esperar un par de meses hasta que venga a Londres prometo presentártela.

—¿Lo dices en serio? ¿La conoces? ¿Cómo es que la conoces?

—Digamos que tenemos algunos amigos en común, y lo digo en serio, estaré encantado de presentártela. Además es encantadora, estoy seguro de que te va a gustar.

—¿Encantadora? ¿Tengo que ponerme celosa?

—Sí, es encantadora. Y no, no hay motivos para que sientas celos de ella porque la que me gusta eres tú.

Pamela sonreía como una niña. Emocionada por su respuesta y por la posibilidad de conocer a la autora que acababa de robarle el corazón con su mágica prosa.

—¿No te olvidarás?

—Estoy seguro de que tú no dejarás que lo haga —apuntó, aunque no era eso exactamente lo que quería decir—. La pregunta es si tú estarás aquí por entonces.

—¿Dónde iba a estar sino? —contestó aunque la respuesta fue tan poco concluyente como la velada pregunta.

—En ese caso la conocerás. Te lo prometo.

—¡Es maravilloso! Así tendré tiempo para ponerme al día con su bibliografía. —aplaudió como una niña al abrir los regalos la mañana de Navidad.

Sin dejar de sonreír se levantó de su silla y se arrellanó en el regazo de Brian, dispuesta a agradecerle correctamente su detalle.



romance a la carta

Olga Salar

Completamente ajena a que estaban en un lugar público buscó su boca y le besó, y durante el tiempo que duró el beso Brian olvidó que existía una posibilidad de que la mujer que tenía entre sus brazos se marchara para siempre.

CAPITULO 8

-Para arreglar un guiso salado añadir unos trozos de patata cortada de forma rústica. Se puede mantener la patata añadida o retirarla.-

La noche anterior Brian Mosley había sido retado a un duelo, y como el

caballero que era, se había visto incapaz de negarse. Sobre todo teniendo en cuenta la belleza de su adversaria, y la temática del desafío.

–¿Nunca has llamado al trabajo diciendo que estás enfermo y te has quedado en casa vagueando? –preguntó Pamela después de que Brian se quejara de lo lejos que sentía su próximo día libre.

–No –dijo, encogiéndose de hombros.

–Pues tenemos que remediarlo. Tienes que vivir esa experiencia, aunque cambiaremos lo de vagar por cocinar para mí –dijo sonriéndole con picardía desde el otro lado de la mesa del restaurante al que acudían regularmente desde aquella primera cita.

Brian se rio sin tapujos, completamente fascinado por la mujer que tenía delante.



romance a la carta

Olga Salar



–¿Tú crees?

–Por supuesto. Además el que no lo hayas hecho nunca hará más creíble tu llamada –apuntó Pamela.

–Eres una mala influencia para mí.

–Gracias –aceptó sonriendo.

–No era un cumplido –la pinchó, aunque su sonrisa decía otra cosa.

–Una pena que yo me lo haya tomado como tal.

Durante un segundo Brian no dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente. Como si nunca se hubiese tomado el tiempo suficiente para aprenderse de memoria cada brillante mechón de cabello oscuro, cada pequeña arruga producida por su incansable sonrisa...

–Ven aquí –pidió Brian–. Consciente de que estaban sentados a la mesa de la pizzería y de que, cómo era habitual, en el comedor solo estaban ellos.

–¿Dónde es aquí exactamente? –preguntó Pamela, y Brian sintió que incluso su voz era capaz de provocarle un latigazo de deseo que barría su cuerpo.

Prefirió no hablar para no estropear el momento de modo que se señaló el regazo.

–Me parece señor Mosley que la mala influencia aquí es usted –contraatacó, arrojándole las mismas palabras que había recibido de él minutos antes. Aun así, se levantó y se acercó hasta él tal y como le había pedido que hiciera.

–Muchas gracias, señorita Fray –en esta ocasión fue Brian quien lo confundió deliberadamente con un cumplido. Sabiendo que no debía dejarla replicar, y sin apenas darle tiempo a que reaccionara, tiró de ella y la sentó sobre sus rodillas,



romance a la carta

Olga Salar

para instantes después acallar cualquier posible queja con un beso.

Y cuando los besos y las caricias se habían ido tornando cada vez más íntimos, y Brian había estado a punto de tomarla en brazos y salir corriendo de allí, Pamela se había separado de él, y había esbozado una sonrisa de las que derretían aquellas neuronas que aún seguían activas tras la pasión del momento compartido, y había comentado con total naturalidad que no tenía intención de acostarse con él hasta que hubiera cocinado para ella.

Confesión que había propiciado que Brian se olvidara de cualquier cosa que no fuera hacer trabajar a su cerebro en la preparación del menú perfecto.

De manera que así se encontraba en esos momentos. Cocinando, tras haber telefoneado al trabajo para avisar de que estaba enfermo, y que le era imposible ir a trabajar en todo el día.

–Estás muy *sexy* cuando cocinas.

Brian sonrió con picardía. Llevaba la camisa blanca de cocinero y unos pantalones anchos y cómodos destacables únicamente por su llamativo estampado.

–¿Por qué sonríes de ese modo? –inquirió Pamela con curiosidad.

–Porque me paso el día cocinando... no me explico porqué no me acosan las cocineras de Pink Flamingo –dijo riendo–, o ya puestos también las camareras y las chicas de la limpieza...

–¿No me crees? –y en ese instante fue la sonrisa de ella la se llenó de travesura.

Él se encogió de hombros sin dejar de trocear la verdura ni de remover la salsa



romance a la carta

Olga Salar



para los *spaghetti*[1] que acababa de preparar con harina y huevo.

–En ese caso se vuelve imprescindible una demostración práctica.

Ante semejante afirmación Brian la miró olvidándose de lo que estaba haciendo.

–No, no, no –le regañó–, no dejes de cocinar, que la demostración pierde efectividad. Ya te he dicho que te pones muy *sexy* cuando cocinas y ahora te voy a demostrar cuánto...

Y dicho esto se coló entre el cuerpo masculino y la encimera...

–¿Ya está? ¿No vas a probar siquiera el menú? –inquirió Brian con la voz entrecortada por la anticipación.

–Soy una mujer confiada –apuntó un segundo antes de comenzar a desabotonar su camisa con deliberada lentitud. Exponiendo con cada botón un pedazo de piel tersa y bronceada del abdomen masculino. Cuando la camisa estuvo completamente abierta se deshizo de ella. Para aquel entonces Brian había tenido la prudencia de apagar los fuegos, o se habría quemado la comida, antes incluso de que Pamela se esmerara en sus caricias.

Con suavidad, le empujó para que se moviera, de modo que quedara con la espalda entre la nevera y sus cálidas curvas. Una vez lo tuvo justo donde ella deseaba, se agachó y comenzó a lamer la piel expuesta, desde el ombligo hasta las clavículas, al tiempo que sus manos luchaban con el cordón que ceñía los pantalones masculinos.

El calor de la boca de ella se oponía al frío metal que sentía a su espalda. Y la tortura de sus labios y sus manos amenazaba con hacer que se tambaleara sobre sus rodillas.

Brian hizo el intento de moverse, de conseguir el poder, pero coincidió con el



romance a la carta

Olga Salar



momento en que Pamela por fin deshizo el nudo de sus pantalones y se los bajó, junto con los calzoncillos, agachándose ella misma para dejarlos a la altura de los tobillos. Inmovilizándole.

–Una mala influencia, sin duda, señor Mosley –ronroneó, deslizando las manos y la mirada sobre la zona expuesta.

Él solo fue capaz de gruñir, cuando Pamela susurró contra la delicada piel de su erección:

–Creo que ya es hora de probar el menú.

Con decisión lo tomó entre sus labios y jugueteó con él, usando la lengua, que resbalaba sobre la suave piel caliente y lubricada. Sintió las manos de Brian enredarse en su pelo, desesperado por sus caricias, y se sintió poderosa, sabiendo que era ella la que lo tenía en su poder, quien le hacía temblar... Con mucho cuidado, arrastró los dientes a lo largo de su longitud, consiguiendo que él gimiera por la sorpresa y el placer.

Sus manos se asieron a los fuertes glúteos, hincó las uñas en ellos, y aceleró el movimiento de sus labios sobre él.

Brian estaba a punto de perder el control. No tendría que haberle permitido llegar tan lejos, se dijo, entre la bruma que embotaba su mente. Era su primera vez con ella y debería haber sido en algún lugar cómodo donde pudiera adorarla como se merecía.

Con delicadeza y firmeza la apartó de él. La contención que estaba haciendo en esos instantes hacía que su cuerpo temblara y que el sudor le perlara la frente y la nuca.

–Así no –pidió, levantándola del suelo.



romance a la carta

Olga Salar

En su desesperación se olvidó de pensar, de ser amable y delicado. Le arrancó la blusa sin miramientos y de no haber sido porque llevaba unos vaqueros y la tela era resistente no habría tenido nada que ponerse para regresar a su casa.

En menos de lo que le costó emitir un suspiro, Pamela se encontró con que estaba desnuda, sentada encima de la encimera, con Brian moviéndose entre sus piernas en lentos y torturadores movimientos. Como si con ello quisiera alargar el instante todo lo que su cuerpo pudiera soportar.

Echó la cabeza y el cuerpo hacía atrás y gimió. El sonido despertó a Brian que aceleró los envites, y aumentó la fricción.

–Bésame –pidió él acercando sus labios a los de ella–. Bésame, ahora.

Pamela ofreció lo que le pedía. Buscó su boca y saboreó su piel. Empujó con él y luchó debajo de su cuerpo hasta que cada célula de su cuerpo se rindió al placer.

[1] *Spaghetti* con salsa roja. Anexo de recetas.

CAPÍTULO 9

-Para que los pasteles no pierdan la frescura ni se estropeen guárdalos junto a una mitad de manzana.-

El Pink Flamingo era un restaurante que podía albergar eventos sociales de primer orden, por su prestigio, su decoración o su comida. Por eso el departamento de historia del *King's College London* lo había escogido como escenario para la cena anual que organizaban cada año durante el mes de noviembre. En ella se discutían las investigaciones bibliográficas, arqueológicas o artísticas en las que cada uno de los eruditos estaba enfrascado, se afianzaban los lazos entre los profesores antiguos y los nuevos, se comía y se bebía sin moderación, y de ese modo tan pagano, los académicos inauguraban el curso escolar.

Y ese precisamente era el día escogido por el claustro para la celebración, lo que propiciaba que todo el personal del restaurante anduviera atareado, y presa del nerviosismo. Y eso a pesar de que llevaban varios días organizando la preparación y las partidas.



romance a la carta

Olga Salar



El segundo chef al mando se encontraba en la cocina supervisando y repartiendo órdenes cuando le avisaron de que tenía una visita. Pensando que sería Cam quien había descendido a sus dominios se dio la vuelta sonriendo, y se topó con los ojos más bonitos que hubiera visto nunca.

–Penélope, no me puedo creer que Cam te haya hecho venir desde Madrid solo porque es incapaz de encontrar pareja para una cena.

Penélope se rio ante la broma, después miró a Camden con expresión apenada, y le pellizcó la mejilla en actitud maternal.

–¿Verdad que sí? Pobrecillo. Con lo mono que es.

Ante aquello Brian estalló en carcajadas, al tiempo que se acercaba hasta ella para abrazarla y darle dos besos en las mejillas, tal y como Penélope y su larga estancia en España le habían enseñado que se saludaba a los amigos.

–Me alegro de verte, estás preciosa –le dijo, repasándola descaradamente de la cabeza a los pies–. La morena llevaba un sencillo vestido verde azulado similar al color de sus ojos, y unos zapatos que la hacían diez centímetros más alta de lo que era. Y añadió, señalando con la cabeza a un silencioso Cam, que los miraba con paciencia y expresión resignada. – Demasiado para él.

–Yo también me alegro de verte –respondió ella con fingida seriedad–, para que conste, no he venido a Londres a acompañar a Cam a la cena sino para entrevistarme con mi agente y con la editorial que ha comprado los derechos de mis obras en español.

–Por supuesto –aceptó Brian, alzando las manos para remarcar su inocencia–, estás aquí por negocios.

–Si ya os habéis reído lo suficiente de mí, deberíamos volver al comedor –apuntó Cam, extendiendo la mano derecha para saludar a su amigo–. ¿Nos tomamos



romance a la carta

Olga Salar



una copa cuando termines aquí? –ofreció Cam.

–Sí, Brian. Ven a tomarte algo con nosotros cuando dejes la cocina ordenada. – dijo riendo. Sabiendo que él no se marcharía hasta que no estuviera todo bajo control.

–De acuerdo. Os veo en un rato, chicos.

–Vamos, Perséfone. Dejemos trabajar al chef –bromeó Cam, asiéndola del brazo.

Y tras verles abandonar sus dominios se dio la vuelta y azuzó a su plantilla para que la cena fuera perfecta.

Cuando todos los platos estuvieron en el comedor, Brian cayó en la cuenta de que no le había hablado a Penélope sobre Pamela ni sobre su plan.

Si la escritora estaba libre podía organizar una cena el domingo, que solo trabajaba hasta mediodía, e invitar a Pamela, a Evan, y Cam, así como a la propia Penélope, de modo que sirviera tanto para sorprender a su chica como para hacer las presentaciones oficiales.

Dando por terminada su jornada se metió en su despacho y procedió a cambiarse. Había prometido a sus amigos que se tomaría una copa con ellos, y esa noche no tenía previsto ver a Pamela. De modo que al no tener ningún compromiso podía aprovechar el momento para tramar su sorpresa.

Subió al comedor, saludando a los clientes habituales, que le conocían y le detuvieron para felicitarle por lo deliciosa que estaba la comida. Motivo por el cual tardó sus buenos diez minutos antes de poder detenerse al lado de Penélope en la mesa de los profesores.



romance a la carta

Olga Salar

–Buenas noches –saludó a los asistentes–, espero que todo haya sido de su agrado esta noche.

Inmediatamente comenzaron a cruzarse las conversaciones. Unos alabando la comida, otros regando con vino lo digerido, y alguno que otro pidiéndole la receta del plato que más había disfrutado. Tal y como estaba acostumbrado a hacer, Brian atendió a todos, respondiendo y bromeando con ellos. No obstante, no le pasó desapercibido el hecho de que Charlotte no abrió la boca en ningún momento.

Si bien no la conocía demasiado, sabía lo suficiente de ella como para encontrar extraño su silencio. Al estar sentada junto a Penélope, Brian la tenía lo bastante cerca como para no perderse detalle de sus movimientos.

Vestía tan discreta como siempre, aunque había cambiado su rodete por un recogido menos rígido. En algún momento de la conversación algún camarero le trajo una silla y se vio sentado entre medias de las dos mujeres.

–Tengo la sensación de que eres la única a la que no le ha gustado mi comida. – le dijo en tono confidencial, inclinándose sobre ella y ofreciéndole una sonrisa amistosa.

–La comida estaba deliciosa, y lo sabes. Lo único que haces es buscar cumplidos.

Brian rio ante su pulla.

–En ese caso deduzco que el problema es la compañía –y añadió rápidamente–, tanta conversación intelectual debe de ser aburridísima.

Charlotte le miró con fijeza durante varios segundos antes de hablar.

–Es sorprendente –murmuró para sí.



romance a la carta

Olga Salar



–¿Vas a compartirlo conmigo? –bromeó–. ¿O voy a tener que adivinar a qué te refieres?

–Eres exactamente igual que tus platos: suave, pero repleto de matices. Sorprendente y al mismo tiempo tradicional. Apasionado e intuitivo, y muy, muy descarado.

Durante unos instantes Brian se quedó asombrado y sin saber cómo responder. No obstante, en cuanto asimiló las palabras de Charlotte comprendió que debía ofrecerle una respuesta a la altura de la de ella.

–Sé que apenas nos conocemos y no tienes por qué hacer caso a nada de lo que yo te diga, pero tras tu increíble descripción voy a ofrecerte dos consejos –se calló durante un segundo por si ella deseaba impedir que siguiera hablando.

–De acuerdo. ¿Cuál es el primero?

–El primero es que uses esa facilidad de palabra que Dios te ha dado en algo más interesante que mi comida. ¡Escribe un libro! Será un éxito.

Charlotte rio con alegría por primera vez en toda la noche desde que había visto aparecer a Camden con Penélope.

–¿Y el segundo consejo?

–Camden es idiota. Es mi amigo, mi hermano, y le quiero, pero creo que debes saber que es idiota. Yo ya se lo he dicho en varias ocasiones, pero como no quiere creerme sigue siéndolo... Ahora bien, si después de escuchar esto todavía quieres que continúe te diré que solo hay una manera de que Cam se dé cuenta de lo que sucede a su alrededor, y es que se lo digas directamente.

Ella le miró con una sonrisa triste.



romance a la carta

Olga Salar

–Tú te has dado cuenta –apuntó.

Brian sonrió con picardía antes de responder.

–Ya, pero yo no soy idiota.

No volvió a hablar con ella. En ese momento Penélope llamó su atención y se dio la vuelta para atenderla. Después se enredó con su invitación para cenar y cuando terminó la charla con ella, Charlotte ya se había marchado.

Brian se sintió aliviado y molesto a partes iguales.

Aliviado porque durante su corta conversación se había sentido tentado de invitarla a la cena que iba a organizar en su casa, pero no estaba seguro de que fuera buena idea intervenir, aunque fuera con las mejores intenciones. Y molesto porque tenía la sensación de que la pelirroja seria y estirada, con un puntito borde, era perfecta para su amigo.

El problema era que era consciente de que no debía intervenir, si lo hacía por Camden se vería obligado a intentar propiciar un acercamiento entre Evan y Penélope. Y la extraña relación o la ausencia de ella, que les mantenía apartados el uno del otro desde hacía años.

CAPITULO 10

-Para que el ajo no te repite, quítale el corazón (la parte central)-

A pesar del tiempo que la obra llevaba en cartel, los actores cumplían

religiosamente con los ensayos, más por pasar tiempo juntos, y afianzar su unión, que porque realmente necesitaran repasar sus papeles.

Algunos, como era el caso de Evan, llegaban antes incluso de la hora en que estaba previsto que comenzaran.

Acababa de salir del gimnasio y en lugar de regresar a casa, sus pasos le llevaron hasta el teatro. El guardia de la puerta le saludó sin mostrarse sorprendido porque estuviera allí a esas horas. Era corriente que recurriera a él para evadirse del acoso mediático al que era sometido por la prensa.

–¿Hay alguien dentro?

–Los chicos de escenarios y la señorita Fray –comentó el hombre sin apartar la mirada del frente.



romance a la carta

Olga Salar

–¿Pamela está aquí?

El hombre asintió con la cabeza.

–Ha llegado hará unos diez minutos con una bolsa cargada de libros que le he ayudado a transportar.

Agradeciendo la información, Evan se metió dentro del teatro y se encaminó hacia la zona de camerinos.

Una vez allí, dejó su mochila del gimnasio tras la puerta, sin molestarse en vaciarla, sacó el móvil del bolsillo y lo conectó. Inmediatamente después comenzaron a llegarle mensajes de texto y notificaciones de llamadas. Suspiró teatralmente. Estaba harto de no disponer de un segundo de tranquilidad.

Antes de ser famoso no había tenido problemas para conocer mujeres o conseguir citas, pero desde que se estaba forjando una carrera en el cine la cosa había dado un giro radical.

Revisó las llamadas perdidas y se topó con una de su madre. Se dejó caer sobre la butaca en la que repasaba los guiones, jugaba a videojuegos o simplemente daba una cabezadita, y le devolvió la llamada.

–Hola, cariño –saludó ella en cuanto descolgó–. Te he llamado por si querías venir a comer a casa. Papá ha encendido la barbacoa.

–Eso no se pregunta. Si hay barbacoa, ahí estaré.

–Estupendo, hijo. ¿Puedes traer un par de botellas de vino? Le he encargado a tu hermano que pase por la pastelería y traiga algo dulce para el postre.

–¿Vino y pasteles? Mamá, ¿es que celebramos algo? ¿Me han dado un Bafta y no me he enterado? –preguntó con la sonrisa en la voz.



romance a la carta

Olga Salar

–No, cariño, nada tan importante. Es que tenemos una invitada sorpresa y me apetecía organizar una comida en familia.

–¿Invitada?

–Bueno, invitada tampoco es exacto. Penélope es como de la familia, pero...

–¿Penélope está en Londres? ¿En esta época del año? –inquirió interrumpiendo a su madre.

–Sí. Ha venido unos días por trabajo, y ya sabes que ella siempre viene a visitarnos cuando está en la ciudad.

La línea se quedó momentáneamente en silencio.

–Mamá, perdona, pero acabo de recordar que ya había quedado con la gente del teatro hoy para comer. Lo siento, lo había olvidado por completo.

–No pasa nada, hijo. Obligaré a tu padre a encender la barbacoa la próxima vez que vengas a casa –aceptó Victoria, aunque no se creyera la burda excusa de su hijo.

–Gracias, mamá. Te dejo que llego tarde –se despidió.

–Adiós, cariño.

Durante un largo minuto permaneció inmóvil. Allí sentado. Pensando en lo absurdo que era que temiera a una mujer. Él nunca se escondía de nadie. Afrontaba el acoso de los *paparazzi* con seguridad, las preguntas indiscretas de los periodistas con buen humor, y sin embargo, se negaba a darle la cara a la chica con la que durante años había intercambiado su vida con la suya. A la mujer que era la mejor amiga de su hermano, una mujer a la que sus padres adoraban...



romance a la carta

Olga Salar



Bueno, de cualquier manera era su decisión y tenía que mantenerla. Además, con un poco de suerte en un par de horas ni siquiera recordaría el incidente.

Se levantó de un salto del cómodo butacón y decidió ir en busca de Pamela. Después de todo eran los únicos en el teatro, era su amiga, y la mejor receta contra el malhumor. Pamela era divertida, habladora y cien por cien sincera. Su compañía calmaría el ataque de mala conciencia que estaba sufriendo.

Pensar en ella ya hizo que la sonrisa asomara a sus labios. Además de sus cualidades tenía algo más que la hacía perfecta para animarle la tarde: salía con su mejor amigo lo que le otorgaba la libertad de tomarle el pelo a placer.

Cuando giró la esquina del pasillo se dio cuenta de que la puerta de la sala de maquillaje estaba abierta, y que Pamela estaba sentada en uno de los sillones que había frente a los enormes espejos, leyendo un libro.

–Una adicta al trabajo –saludó al entrar–. ¿Qué haces aquí a estas horas? Y añadió robándole el libro de las manos–: ¿Qué lees?

–Mi casa es diminuta –se encogió de hombros–, cualquier sitio es mejor que estar allí. Y como puedes observar leo un libro.

–Parece que alguien no está de muy buen humor. Supongo que la culpa es del amor...

Ella arqueó una ceja al tiempo que ponía una expresión seria.

–¿Estás intentando decir algo en concreto? ¿O solo divagas?

–Un poco de las dos cosas, a decir verdad –aceptó, dejando el libro sin abrir sobre las rodillas femeninas.

Pamela le observó como si intentara adivinar el porqué de su aspecto



romance a la carta

Olga Salar

melancólico.

–¿Por qué no te vienes a comer conmigo? Tenía un plan estupendo, pero lamentablemente me lo han chafado, y ahora tú eres mi mejor opción –dijo, entremezclando la realidad con el sarcasmo.

Ella le miró con curiosidad.

–¿Es una mujer?

–Si te refieres a si el plan era con una mujer la respuesta es no. Era con mis padres. Si preguntas si ha sido una mujer la que me ha chafado el plan, obviamente la respuesta es sí.

–Creo que voy a hacer oídos sordos a tu último comentario. Por si no te has dado cuenta las mujeres no tenemos la culpa de todo lo que os sucede a los hombres.

Él sonrió, travieso. Retándola a que siguiera con el tema. Y esa sonrisa desarmó a Pamela, quien a pesar de estar enamorada de otro hombre, a punto estuvo de ponerse a hiperventilar.

–En mi caso los problemas que importan siempre son a causa de las mujeres.

Pamela obvió la respuesta que tenía en la punta de la lengua, se puso de pie y decidió que comer con Evan Nash era un plan demasiado estupendo como para dejarlo correr únicamente porque fuera el típico hombre incapaz de callarse en el momento indicado.

–¿No te preocupa que nos sigan los *paparazzi*? –se burló ella.

Evan le miró con la risa bailando en sus ojos.

–Esa no es precisamente una de mis preocupaciones, la verdad, aunque en este



romance a la carta

Olga Salar

caso vaya a salir acompañado de una mujer, y como ya he dicho, seáis un imán para las complicaciones.

Desde que había empezado a salir con Brian su vida social se había activado considerablemente. Si bien su piso era tan diminuto que apenas estaba en él, lo máximo a lo que había llegado por sí misma era a pasarse las horas libres en la cafetería leyendo sola, o hablando con la señora Lily Sutherland sobre aquellos felices años en los que el señor Sutherland seguía vivo y disfrutaban de su mutuo amor.

Nada que ver con estar compartiendo un almuerzo con uno de los actores británicos con mayor proyección internacional.

–No te pega nada este sitio –apuntó Pamela, al verle con los dedos pringados de salsa barbacoa mientras disfrutaba de sus costillas caseras.

Él arqueó una ceja con una sonrisa sardónica en los labios.

–¿Y eso por qué?

–Los simples mortales nos imaginamos que las estrellas de cine como tú, frecuentan locales en los que hay que reservar mesa con un año de antelación. No *pubs* de barrio en los que se come con las manos.

Evan se encogió de hombros.

–A esos sitios también voy, pero una cosa no quita la otra –le guiñó un ojo–. De vez en cuando me gusta pringarme los dedos.

–Algo me dice que esto tiene que ver con tu mal humor de antes.



romance a la carta

Olga Salar

–Es posible. Y para ahorrarte molestias te digo desde ahora que no quiero hablar de ese asunto. Antes me has pillado con la guardia baja, y he hablado más de la cuenta.

–Me parece bien. ¿De qué quieres conversar, entonces?

La sonrisa traviesa volvió a hacer acto de presencia solo que esta vez Pamela ya estaba preparada para ella.

–¿Por qué no me cuentas qué tal te va con Brian?

–Porque estoy segura de que ya estás al tanto –dijo ella, sabiendo que Evan era uno de sus mejores amigos, además de la persona que le había presentado a Brian.

–Ah, pero a mí siempre me ha gustado escuchar las dos versiones. Así me divierto el doble –bromeó, olvidando su incomodidad anterior.

CAPITULO 11

-Para eliminar el olor cuando se quema la comida, coloca la olla sobre un recipiente con sal.-

Era la primera vez que Brian Mosley organizaba una cena en su casa y le prestaba tan poca atención al menú. De hecho había estado tan despistado respecto a ese tema que cuando Camden y Penélope llegaron tuvo que disculparse con ellos por no haber preparado nada.

–¿Me estás diciendo que tienes intención de encargar comida por teléfono? – preguntó su amigo con expresión de horror–. ¿Dónde está Brian y qué has hecho con él?

–A mí me parece perfecto –apoyó Penélope.

–No es verdad. Solo lo dices para que no se sienta mal –apuntó Cam–. Espero que Pamela sea tan maravillosa como dices porque sino no voy a poder perdonarle que no haya comida en tu mesa –se rio Camden a su costa.

La morena le ofreció una sonrisa de disculpa a Brian e inmediatamente después



romance a la carta

Olga Salar



se dirigió a Cam como si pudiera liquidarlo solo con la mirada.

–En ese caso muchas gracias por tu consideración, Penélope. En cuanto a ti –añadió señalando a su amigo–, más te vale ser amable con Pamela o jamás volverás a comer en mi mesa.

–¡Madre mía, Perséfone. ¿Has visto lo fuerte que le ha dado?

Penélope le dio un codazo amistoso para que dejara el tema, aun sabiendo que no lo haría. Tanto uno como el otro disfrutaban pinchándose y provocándose.

–Siento no haber podido cocinar nada –esta vez habló mirando a Penélope directamente, ignorando por completo a su amigo–, estaba entretenido con otros asuntos.

–Lo que quieres decir es que estabas con Pamela –tradujo Cam, con mala cara.

–No exactamente –dijo con una sonrisa enigmática al recordar cómo había dispuesto su dormitorio. Lo primero que había hecho fue cambiar las sábanas, y tras ello se dedicó a cambiar las bombillas de las lamparitas para que en lugar de la luz blanca que acostumbraban a dar alumbraran con una tenue y sensual que invitara a la intimidad.

Tras ello había salido a comprar *champagne* y recurrió a los proveedores del restaurante para que le trajeran fresas, puesto que estaban fuera de temporada, había sido el único modo de dar con ellas. La última parada había sido la pastelería en la que había comprado bombones de chocolate puro, el favorito de su chica.

–¿Por qué no cocinamos algo entre todos? –propuso Penélope–. Estoy segura de que Brian tiene el frigorífico lleno de comida. Además, será divertido, y puede que hasta aprendamos algún truquillo.



romance a la carta

Olga Salar



–No se me da bien cocinar –comentó Cam.

–Eso es cierto, pero la idea es divertirse.

–Por mí perfecto lo de cocinar, aunque Cam es incapaz de preparar nada medianamente decente –aprobó Brian.

Camden iba a volver a quejarse cuando sonó el timbre de la puerta. Las únicas personas que todavía no habían llegado eran Evan y Pamela. Y fuera quien fuera de los dos el que estuviera al otro lado de la puerta, Penélope era la persona perfecta para recibirles.

De modo que así se lo pidió su anfitrión, quien aunque en días anteriores había decidido no intervenir, consideró que era una jugada demasiado perfecta para dejarla correr sin más.

Evan estaba apostado a la vuelta de la esquina de casa de su mejor amigo. Sabía que lo que estaba haciendo era ridículo e infantil, pero ver a Pamela a solo unos pasos por delante de él le había dado la idea de esperar y comprobar quién estaba en la casa.

Ni siquiera estaba seguro de que fuera buena idea ir a la cena, y no solo porque Penélope también estuviera invitada y no quisiera verla, sino porque entrar ahí sería como dejarla entrar de golpe en su vida.

En esa casa estaba su mejor amigo, su hermano, una de sus amigas... Y si se lo permitía sería inevitable que ella formara parte de todo eso que Evan tanto valoraba.

Se escondió con rapidez en cuanto vio que la puerta se abría. Una cabeza morena llena de rizos asomó, seguida de un cuerpo menudo y estilizado, que



romance a la carta

Olga Salar



nunca antes había visto en persona.

Escuchó a Pamela dar un grito y las vio abrazarse. La más menuda de ellas se perdió entre los brazos de la otra.

No, no podía entrar. Lo mejor era olvidarse de todo, de nuevo. Su vida ya era lo suficientemente complicada sin ayuda de ninguna mujer.

Con decisión cuadró los hombros y deshizo el camino que había recorrido.

Como si se conocieran desde siempre la conexión entre Pamela y Penélope fue instantánea. Las dos tenían un carácter extrovertido, y directo.

Penélope escuchó con interés los comentarios que Pamela le hizo sobre sus novelas, e incluso le preguntó su opinión sobre aspectos que podrían ayudarla a mejorar en sus siguientes trabajos.

Una cosa llevó a la otra y al final los que se metieron en la cocina y terminaron preparando la cena fueron Brian y Camden.

En algún momento mientras Brian improvisaba algo con que alimentar a sus invitados, y Cam se limitaba a poner el pan en la bandeja, llegó un mensaje de texto de Evan, disculpándose porque le había surgido un imprevisto de última hora y no podría asistir a la reunión. Aunque Brian vio a su amigo fruncir el ceño no dijo nada al respecto. Como tampoco hubo reacción alguna cuando lo comentó a las mujeres. Fuera lo que fuera lo que estaba sintiendo Penélope por el abierto rechazo del actor lo escondió para sí misma.

—¿Por qué Cam te llama Perséfone? —preguntó Pamela con curiosidad, al escucharle dirigirse a ella con ese nombre. Que la llamara Pen lo comprendía, al



romance a la carta

Olga Salar

fin y al cabo era incluso coherente que lo hiciera, pero Perséfone...

Ella rio, rasgando más sus ojos y Brian se preguntó porqué Evan no quería darse por enterado de lo asombrosa que era esa mujer.

–Porque vivo entre Londres y Madrid. Aproximadamente seis meses en cada ciudad como Perséfone.

–Supongo que él se considera el Dios del inframundo y por eso te ha bautizado con ese nombre.

–Penélope y Camden no son pareja – le explicó Brian.

–¡Oh! Lo siento, pensaba que... –se calló sin saber cómo seguir.

Fueron las carcajadas de Penélope las que consiguieron que se sintiera mejor. La sonrisa de Camden fue más discreta que la de ella, pero igual de tranquilizadora.

–Tengo la sensación de que no es la primera vez que alguien lo cree –bromeó, sintiéndose más ligera.

–No te preocupes, nos pasa mucho –intervino Cam.

–No me lo toméis a mal, pero es que llama la atención el modo en que termináis las frases el uno del otro y como parece que con una mirada sois capaces de entenderos.

–Eso es porque nos conocemos desde hace mucho tiempo –explicó Penélope.

–Más o menos el mismo tiempo que me conoces a mí y conmigo no se da esa conexión –intervino Brian, con ganas de vengarse de los comentarios de Cam de una hora antes.

–Penélope siempre ha sido mi mejor amiga. Es lógico que nos conozcamos bien



romance a la carta

Olga Salar



–zanjó Camden.

–¿Y cómo os conocisteis? –insistió Pamela, para quien la historia tenía cierto toque de misterio.

Antes de que ninguno de los dos hablara Penélope y Cam cruzaron un par de miradas significativas. Finalmente fue Penélope quien lo explicó:

–Mi madre me apuntó a los intercambios que organizaban en mi instituto.

–Entiendo, ¿y allí coincidiste con Cam?

–Sí y no. Evan también se apuntó, de modo que él venía a mi casa y yo a la suya. Así entablé amistad con Cam, y hasta ahora.

–¡Vaya! Qué historia tan bonita. ¿No has pensado en utilizarla para alguno de tus libros?

Penélope sonrió sin mucho entusiasmo.

–Lo mejor de esta historia es mi amistad con Cam –cortó ella sin aludir a Evan, lo que despertó aún más la curiosidad de Pamela, que tomó nota mental de preguntarle a Brian sobre ello.

Después de tan esclarecedora conversación la velada siguió su curso entre buen ambiente y amigos recién estrenados.

Brian y Pamela estaban recogiendo la cocina, tras la negativa de ambos de permitir a Penélope y a Cam que les ayudaran, cuando Pamela soltó sin previo aviso:



romance a la carta

Olga Salar

–Ha sido una noche maravillosa. Me ha encantado conocer a Penélope, es tan encantadora como me dijiste que era.

–Lo sé. Y puedo prometerte que la noche puede ser todavía mejor.

–¿Cómo?

–Quédate a dormir conmigo.

–Pero mañana tienes que madrugar, y si me quedo no descansarás nada –dijo Pamela, pensando más en él que en sí misma.

–¿Eso es una promesa?

Ella sonrió, consciente de que estaba completamente enamorada de ese hombre, de su dulzura, de su honestidad y del modo en que, con una sonrisa, disipaba cualquiera de los problemas que pudieran robarle el sueño.

–Porque si es una promesa –siguió Brian–, te diré que mañana entro a trabajar a las cinco de la tarde. Me debían horas libres y creo que ya ha llegado el momento de que me las cobre.

–Sí –aceptó, sin dar más detalles.

–¿Sí, te quedas o sí ha llegado el momento de que me las cobre?

–Sí a las dos. De hecho, ahora mismo estoy tentada a decirte que sí a todo.

Tras semejante afirmación Brian soltó lo que llevaba en las manos y, un segundo después la estaba sujetando sobre sus hombros y subiendo las escaleras hacia la planta superior en la que estaban localizados los dormitorios.

–Entiéndelo, cariño. Tengo que aprovechar esta oportunidad –se disculpó por subirla como si fuera un saco de patatas.



romance a la carta

Olga Salar

La respuesta de ella fue reírse y agarrarse con más fuerza a su espalda.

CAPITULO 12

-Para cocer huevos sin que se rompan, comienza la cocción con agua fría y añade una cucharada de sal.-

Abrir los ojos y encontrarse con Brian mirándola embelesado había sido

una de las mejores experiencias de su vida, la mejor, sin duda, estaba directamente relacionada con lo que había sucedido después, y otra vez más después de esa...

A pesar de lo poco que había descansado se sentía cargada de energía mientras ayudaba a Brian a preparar las tortitas[1] para el desayuno. Antes de salir de la cama le había retado a que le demostrara lo buen cocinero que era enseñándole a ella, quien era incapaz de hacer algo más que un huevo frito, a preparar algo con un poco más de elaboración. Y como siempre, él se había tomado el reto muy en serio y en esas estaba, dándole una clase magistral de tortitas, ataviado con unos pantalones grises de pijama y una camiseta blanca, de tirantes, que le marcaba el trabajado cuerpo que lucía a base de cargar sacos de patatas, cebollas y cualquier alimento pesado que entrara en la cocina de Pink Flamingo,



romance a la carta

Olga Salar

en la que arribaba el hombro como cualquier ayudante de cocina.

–Acabo de descubrir que eres extremadamente competitivo.

–Para nada. Es solo que quiero dejarte completamente satisfecha –y añadió tras guiñarle un ojo–, en todos los aspectos.

–Muy, muy competitivo –se rio ella.

–¿Es eso una queja?

–Y ahora además me revelas tu gusto por los cumplidos. Eres todo un descubrimiento.

Brian la miró arqueando una ceja y fingiendo irritación.

–Ven aquí si quieres aprender algo –la pinchó–. Una vez visto lo poco que valoras mi afán por complacerte.

Con expresión inocente Pamela dejó las tazas y la cafetera que estaba colocando en la mesa del desayuno y se acercó.

–El secreto para hacer bien las tortitas consiste en mezclar bien los ingredientes, y por supuesto, en cocinar con mimo. –apuntó, bromeando y guiñándole un ojo.

Pamela le miró de arriba abajo con lentitud. Deteniéndose con descaro en aquellas partes de su cuerpo que más interés despertaban.

–Es imposible que puedas enseñarme nada. Y quiero que sepas que no es por ti, es por mí... –hizo un puchero–. Estás demasiado sexy y yo no puedo dejar de imaginarme que hago... Cosas, contigo.

–¿Cosas? –inquirió Brian con la imaginación al cien por cien de su rendimiento. De repente las tortitas habían dejado de importarle–. ¿Qué clase de cosas?



romance a la carta

Olga Salar



–Pensamientos picantes de los dos... Me da vergüenza contártelo –confesó, usando sus armas de mujer para parecer inocente y avergonzada, al mismo tiempo que sensual y tentadora.

–Interesante –balbuceó Brian.

–Verás, me imagino que te tengo pegado a mi espalda y siento tu aliento en mi cuello, tus habilidosas manos recorriéndome y tu ardor pegado a mi trasero –se calló para mantener la tensión y darle tiempo a Brian a imaginarse lo que estaba narrando. Siguió cuando escuchó que la respiración se le entrecortaba–. Entonces sin darme tiempo a pensar, me posees desde ahí detrás, y me obligas a extender las manos sobre la encimera para tener el control absoluto de mi cuerpo. Me exiges que no me mueva, y yo...

No pudo seguir hablando porque un instante después dos fuertes manos le daban la vuelta, y la colocaban tal y como ella había soñado que lo hacían, de cara a la encimera. Inmovilizada por el granito y el cuerpo masculino.

Sintió a Brian pegarse a ella y el recorrido de unos dedos fríos que le bajaron las braguitas hasta los tobillos, dejándola solo con la camiseta del pijama que él le había prestado y que escasamente le llegaba a las rodillas.

Ni siquiera la había tocado y ella ya estaba temblando de deseo y anticipación. Escuchó el sonido producido por el envoltorio del preservativo al rasgarse, e inmediatamente después la sacudió el envite de él adentrándose en su interior.

Se arqueó como un gato, para que la penetración fuera más profunda, y se dejó llevar por el ritmo que Brian marcaba y por las caricias que recorrían su cuerpo despertando la necesidad de dejarse llevar cuánto antes.

Por su parte Brian jadeaba junto a su oído, tan abandonado a la pasión como lo estaba Pamela, que ya rozaba con las yemas de los dedos el clímax. No



romance a la carta

Olga Salar



obstante, fue Brian el primero en reaccionar al escuchar el sonido de la puerta de la calle abrirse y cerrarse.

Pamela protestó cuando detuvo sus movimientos.

–¡Mierda! ¡Mi madre! –gimió, todavía sin abandonar la calidez femenina.

–¿Tu madre? ¿Ahora? ¿Aquí? ¿Tiene llave?

–¡Joder! –masculló Brian, saliendo a toda prisa de su cuerpo–. Cariño, no te asustes –hablaba deprisa para que le diera tiempo a decir lo que necesitaba decir antes de que Heather les sorprendiera–. He perdido en preservativo dentro de ti. Pero, quiero que sepas que te quiero. ¿Lo entiendes?

Pamela parpadeó, asimilando sus palabras.

Asintió con la cabeza antes de usar la voz.

–Yo también te quiero.

La sonrisa de Brian ocupó toda su cara. Recogió sus bragas del suelo, se las tendió, y la besó con fuerza y rapidez.

–Sube arriba en cuanto yo salga de aquí. Me encargaré de entretener a mi madre. –Se subió los pantalones, sin poder limpiarse ni cambiarse y salió a toda prisa para interceptar a su progenitora en el pasillo, antes de que irrumpiera en la cocina y los avergonzara a los tres.

Pamela ya se había duchado y vestido, y aun así todavía no se sentía con ganas de abandonar el dormitorio de Brian en el que se había refugiado.



romance a la carta

Olga Salar



Hacía apenas una semana que tuvo su última menstruación, lo que convertía en improbables las posibilidades de estar embarazada. En cualquier caso resultaba cuanto menos sorprendente que lo que le preocupara en un momento tan delicado fuera el modo en que Brian le había confesado sus sentimientos, y no la posibilidad de estarlo. ¿Lo había hecho para tranquilizarla? ¿Para que supiera desde el primer momento que podía contar con él pasara lo que pasara? ¿Y no era eso acaso, amor y respeto?

¡Basta! Se regañó a sí misma. Brian Mosley era la persona más honesta que había conocido nunca. No era justo ni para él ni para ella que se dejara llevar por las dudas.

Haciendo un esfuerzo mental, se levantó de la cama y se encaminó a las escaleras, dispuesta a bajar a la cocina y conocer a la madre del hombre al que amaba.

–Tu novia está arriba –repitió Heather.

–Sí, mamá. Por eso lo mejor es que a partir de ahora llames al timbre. Puedes seguir teniendo la llave, por supuesto. Solo te pido que no la uses. ¿Lo entiendes, verdad?

–A ver si me aclaro –volvió a insistir–, tienes una novia. Una chica que está arriba en tu dormitorio.

–Mamá. Llevo diez minutos diciéndote lo mismo.

–Una chica que ha pasado aquí la noche.

–No creo que eso sea importante –se quejó Brian, reacio a explicarle los detalles.



romance a la carta

Olga Salar

Se callaron cuando los pasos que se acercaban por el pasillo se sintieron cerca de la puerta.

–Mamá, pórtate bien –la avisó Brian, mientras esperaban a que Pamela apareciera por el umbral.

Heather dio un respingo de sorpresa al ver salir a Pamela. No era que no hubiera creído a su hijo cuando le confesó que salía con alguien, era que no se esperaba que la chica fuera tan guapa, y mucho que menos que le gustara con solo verla. Tenía un rostro de expresión dulce, y unos ojos alegres y expresivos que consiguieron su simpatía de un modo inmediato.

Adelantándose a la presentación de Brian la saludó con una cálida sonrisa de bienvenida.

–Hola, querida. Soy Heather, y estoy encantada de conocerte –recibió con la mano extendida para que se la estrechara.

Brian observó a Pamela con preocupación. Temeroso de que tuviera que lidiar con la curiosidad de su madre después del accidente con el preservativo, y del poco tiempo que habían tenido para hablar sobre ello. No obstante, Pamela no parecía preocupada y su sonrisa era genuina.

–Pamela. Un placer, señora.

–Nada de señora. Yo soy Heather y tú Pamela. ¿Estás de acuerdo? –ofreció sin dejar de mirarla y sonreír.

–Por supuesto.

–¡Maravilloso! Me ha dicho Brian que eres americana y que trabajas como maquilladora. ¿Tienes familia en Londres?



romance a la carta

Olga Salar

–No, acabé aquí por trabajo –explicó Pamela sin perder la sonrisa–. Simple casualidad.

–Ya veo, tus padres siguen en Estados Unidos –aventuró Heather que no pensaba darse por vencida sin saber más cosas de su futura nuera.

–Mis padres fallecieron. No tengo a nadie en Chicago esperándome –comentó con naturalidad, algo que pilló por sorpresa tanto a Brian como a su madre.

Visiblemente azorada por la indiscreta pregunta, Heather se recompuso organizando una escapada rápida.

–Pues ahora que ya te he conocido os voy a dejar que tengo que pasarme por casa de Victoria Nash a recoger unas revistas.

Brian arqueó una ceja y la miró directamente a los ojos.

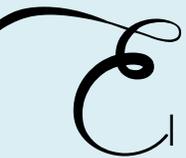
–¿Para cotillear, mamá?

–¿Por quién me has tomado? –inquirió indignada–. Se cotillea sobre los desconocidos, cuando es sobre los hijos, se comenta. –dijo riéndose de su propio chiste.

[1] Tortitas. Anexo de recetas.

CAPITULO 13

-La forma más sencilla de pelar tomates es escaldándolos. Haz un corte en forma de cruz con la punta del cuchillo y sumérgelos unos segundos en agua hirviendo.-

El silencio se prolongó de un modo incómodo, cuando se quedaron a solas,

hasta que Brian, todavía en pijama, abrió los brazos desde la puerta de la cocina donde se había detenido tras la marcha de su madre, e instó a Pamela a acercarse a él para fundirse en un abrazo.

–Te quiero –confesó, acariciándole el pelo–, todo saldrá bien.

–Todavía no hay nada por lo que preocuparse, y quizás tampoco tengamos que lamentarnos después.

–Siento mucho lo que ha sucedido, cariño. Que hayas tenido que conocer a mi madre y soportar su curiosidad después de...

–No ha sido culpa tuya –se apretó más a su calidez.

–Sí que lo ha sido. Si no me hubiese pillado tan desprevenido no...



romance a la carta

Olga Salar

–No pasa nada. De verdad. Estoy bien. –*Más que bien*, pensó. Se sentía maravillosamente arropada por sus fuertes brazos.

Brian le besó la coronilla.

–Miremos el lado bueno. Estaba aterrorizado por decirte que te quería y al final ha sido más fácil de lo que esperaba.

–¿Por qué estabas preocupado?

–No sabía cómo decírtelo porque no estaba seguro de si ibas a quedarte. – confesó.

–¿Quedarme?

–En Londres, en mi vida...

–Entiendo –dijo, separándose completamente de él.

Le brillaban los ojos con una mezcla de ira y decepción. Después de todo Brian Mosley no era tan honesto como ella había creído que era.

–No, no lo entiendes. No quería enamorarme de ti porque me daba miedo que cuando te fueras me dejaras destrozado. Créeme, tengo experiencia en esas situaciones. Así que perdona si me he vuelto precavido en el amor. Sea como sea eso no cambia el hecho de que estoy completamente enamorado de ti.

–¿Qué te pasó? –preguntó con voz suave.

–En realidad no fue nada extraordinario. Mi novia se marchó a París porque valoró más su trabajo de lo que me valoró a mí. Aunque eso ya no tiene importancia.

–¿De verdad?



romance a la carta

Olga Salar



–Por supuesto que no, cariño. He salido con muchas mujeres en estos años y nunca he dejado que ninguna entrara en mi vida. Solo contigo he sido incapaz de mantener las distancias. Me dejaste fuera de combate desde la primera vez que me sonreíste en la penumbra del teatro. Aún no te había visto bien y ya estaba absolutamente fascinado por ti.

Pamela suspiró, y se tomó unos segundos antes de hablar. Como si necesitara poner en orden sus pensamientos antes de pronunciarlos en voz alta.

–No tengo intención de irme a ningún lado. Como le he dicho a tu madre en Chicago no me queda nadie. Cuando murieron mis padres decidí que nada me ataba a ningún lado, por lo que me pasé los siguientes años de un lugar a otro, intentando encontrar un sitio al que llamar hogar. Y puede que me equivoque, pero creo que mi hogar está aquí, contigo.

–No te equivocas, mi amor. No lo haces –musitó Brian, volviendo a abrazarla.

–Pero Brian, quiero que sepas que voy a quedarme aquí haya o no bebé. No es esa posibilidad lo que me ata a ti, sino lo que siento por ti.

Él no respondió, se limitó a besarla para dejarle clara su postura sobre ese punto.

Trabajar después de la mañana que había llevado era lo que menos le apetecía a Brian, y para lo que menos preparado estaba.

Tenía tantos asuntos pendientes que atender, que supervisar el trabajo de una cocina de élite le resultaba molesto e inconveniente. De hecho era la primera vez en su vida profesional que se enfrentaba al trabajo sin el buen humor y la ilusión que lo caracterizaba, y que sus compañeros tanto elogiaban.



romance a la carta

Olga Salar



Sabiéndose de malas se metió en su despacho, preocupado por pagar su malhumor con cualquier incauto, encendió el ordenador, y se dispuso a revisar los pedidos semanales para abastecer la gran despensa de la cocina del Pink Flamingo. No obstante, su concentración dejaba mucho que desear... Lo que todavía le agriaba más el humor ya que no podía evitar sentirse culpable por no poder dar el cien por cien de sí mismo.

Sabía que el modo en que le había declarado su amor a Pamela no había sido el más romántico del mundo, y estaba dispuesto a redimirse por completo en la puesta en escena de su petición para que vivieran juntos. Amaba a esa mujer, no tenía ninguna duda al respecto, y por esa razón, no iba a esperar para pasar el resto de su vida a su lado.

Sabía que algunos considerarían precipitado su noviazgo, seguramente ese sería el punto de vista de Cam, demasiado racional para entender que en el amor el tiempo no transcurría del mismo modo. Y que otros se mostrarían encantados, como sus propios padres o su amigo Evan...

Por primera vez en mucho tiempo, lo que pensarán todos ellos no le importaba lo más mínimo. Lo único significativo era que Pamela aceptara estar con él.

Después, llegado el momento, ya se preocuparía por cómo compaginar sus largas jornadas de trabajo con una vida familiar, o incluso, de si estaba o no preparado para ser padre...

De la lista infinita de preocupaciones que en esos momentos le impedían centrarse en el trabajo, lo esencial era cómo pedirle a Pamela que viviera con él, y conseguir que fuera el instante más romántico de su vida.

De repente, mientras se estrujaba las meninges, se le encendió una bombilla en la cabeza. Puede que él no fuera un romántico, pero conocía a cierta escritora que era una experta en el tema, y con la que seguro que podía contar para que



romance a la carta

Olga Salar



le ayudara.

Pamela estaba sentada en su cafetería favorita junto a Lily Sutherland. Una mujer maravillosa a la que había conocido al mismo tiempo que al local, y a la que había terminado por adorar del mismo modo.

A sus setenta y un años seguía igual de coqueta y avispada que cuando tenía diecinueve y conoció a su marido. Un hombre al que había adorado y del que siempre terminaba hablando.

–¿Estás bien, Pam, querida?

–Sí, Lily, lo siento mucho, estaba un poco despistada –se excusó. Llevaba tanto tiempo enfrascada en sus pensamientos que se había perdido la mitad de la historia que la mujer le estaba contando.

–Estás... Diferente.

Pamela dio un respingo en su silla. ¿Sería Lily capaz de ver lo que otros no veían?

–¿A qué te refieres? –preguntó con cautela.

–Bueno además de lo aparente –se señaló la sien para apuntar que andaba en otro mundo–. Te veo radiante y muy guapa. Lo que no significa que no estés guapa siempre, cielo. Es solo... Que hoy lo estás más.

La desilusión nubló por un instante su mirada. ¿Estaba loca o qué le sucedía? Se regañó mentalmente. Para empezar Lily no podía saber si estaba embarazada o no cuando ni siquiera ella lo sabía. Acababa de producirse el accidente que daba sentido a esa posibilidad. Y para terminar tampoco era el mejor momento para



romance a la carta

Olga Salar

estarlo. Terminaba de iniciar su relación con Brian y no era justo para él que ella se muriera de ganas de formar su propia familia.

Antes de que murieran sus padres se había sentido parte de algo, pero una vez que ellos se marcharon sintió que era el eslabón solitario de una cadena rota que ya no podría volver a unirse. Brian, en cambio, tenía a sus padres. Una madre que se preocupaba, rayando la exageración, por su hijo, unos amigos que le apoyaban, que contaban con él...

–Lily, ¿por qué nunca tuvisteis hijos tú y Robert? –inquirió con naturalidad.

La relación entre ambas mujeres se había afianzado tanto en esos meses de amistad que hablaban abiertamente de cualquier tema por delicado que fuera.

–Dios no quiso que los tuviéramos –suspiró, y Pamela notó que sus ojos se humedecían con lágrimas no derramadas.

–Lo siento, Lily. No tendría que haberte preguntado sobre un tema tan íntimo y personal.

–No, cariño. Podemos hablar de ello, es que ahora que no tengo a mi Robert a mi lado siento que cuando yo me marche no vamos a dejar nada para la posteridad. Cuando me vaya nadie me dedicará más que unos pocos minutos, y conmigo desaparecerá el gran amor que compartimos. Ya no habrá testigos de ello, ni familia que nos recuerde con afecto.

–No digas eso. No es justo para mí.

–Es cierto, Pam. Estoy segura de que tú me dedicarás más que unos pocos minutos –bromeó, recuperando el buen humor–. Pero ¿a qué se ha debido tu pregunta?

–A nada importante. Simple curiosidad. ¿Te apetece otro té? –preguntó con



romance a la carta

Olga Salar

ganas de levantarse de allí.

Si no creyó su excusa Pamela nunca lo supo porque Lily se limitó a inclinar la cabeza de modo afirmativo, lo que le permitió desconectar por unos instantes del peso que sentía en su cabeza, y dirigirse a la barra a por sus bebidas.

Cuando regresó con dos humeantes tazas de té, Lily retomó su historia en el punto exacto en que se había quedado unos momentos antes.

CAPITULO 14

-Para que el arroz blanco quede suelto y no se pegue, añade unas gotas de limón al agua de cocción.-

 Era bastante extraordinario que el segundo chef del Pink Flamingo

abandonara un viernes especialmente intenso, la cocina que dirigía poco antes de las nueve de la noche, cuando las notas de pedidos seguían colgadas a la espera de ser preparadas. No obstante, la ocasión lo merecía.

Evan había sido invitado a la fiesta organizada por una conocida revista masculina para premiar al hombre del año, y en lugar de invitar a alguna de sus compañeras de profesión, los había llevado a ellos: a su mejor amigo, y a su hermano mayor.

De manera que la cena y posterior gala se había convertido en una escapada de solteros para los tres.

–Me siento un hombre objeto –se burló Brian, mientras entraban en el local–. Solo me has invitado para lucirme.



romance a la carta

Olga Salar



–Pues yo estoy más que encantado entre tanta belleza –se guaseó Cam, admirando a los invitados.

–Menudos amigos estáis hechos –se quejó Evan–. En lugar de agradecerme que os traiga os dedicáis a burlaros como si no estuvierais encantados de estar aquí.

–No somos tontos, Evan. Nos has traído para verte libre del acoso de tus admiradoras. Esperas que ejerzamos de tus guardaespaldas –adivinó Cam–. Exactamente la misma táctica que utilizas cuando nos presentas a una mujer.

–Me siento profundamente ofendido de que penséis eso de mí –se defendió Evan, teatralizando y devolviéndoles las burlas a sus amigos–. Cualquiera diría que no soy capaz de deshacerme yo mismo de las atenciones de una mujer.

–Eres demasiado blando para decir no –lo acusó su hermano con una media sonrisa.

–Para mí es fácil. Yo ya estoy comprometido –se justificó Brian, quien ante las miradas de sorpresa de sus amigos tuvo que hacer una aclaración–. Moral y emocionalmente comprometido. De modo que soy perfectamente capaz de dejárselas todas a Cam.

–Muchas gracias, pero no estoy interesado en flamantes actrices ni el *celebrities* famosas por lo bien que no hacen nada. Puede que sea un fetichista, pero me gustan las mujeres inteligentes capaces de mantener una conversación intelectual.

–Hay ciertos lugares en los que la conversación se obvia –volvió Evan al ataque.

Brian paseó la mirada de Evan a Cam, antes de estallar en carcajadas estruendosas.

–No puedo creer que hayas dicho eso –comentó cuando recobró la compostura.



romance a la carta

Olga Salar



–Alguien tenía que hacer de abogado del diablo.

–Papel, para el que, efectivamente, hermanito, eres perfecto.

–Dejemos las polémicas para otro momento y disfrutemos de la comida, la bebida y, por supuesto, la compañía –la sonrisa de Evan dio a entender a sus amigos que eso era exactamente lo que había esperado que hicieran cuando les invitó a acompañarle.

Asintiendo con la cabeza, los tres terminaron de cruzar la alfombra roja, dispuesta desde la calle hasta la mismísima puerta de acceso al salón, y entraron en lo que parecía un híbrido entre discoteca y restaurante, solo que más impresionante en cuanto a tamaño y decoración.

Por la altura que alcanzaban los techos, y los palcos que colgaban de los laterales, el local inicialmente había sido un teatro. No obstante, los adornos típicos de esa clase de recintos habían sido eliminados. Dando paso a una decoración basada en el contraste entre el cromatismo del blanco y el negro.

–Este lugar es impresionante –comentó Camden, fijando la atención en las grandes letras del logotipo de la revista organizadora del evento, que habían pegado a modo de cenefa en las inmaculadas paredes blancas, recorriendo el salón de principio a fin–. Tiene todos los visos para ser un antiguo teatro posiblemente de la época de la Regencia, aunque tendría que ver los palcos para estar seguro de su datación.

–Pues si esto te impresiona espera a probar el *catering*, y la selección de vinos. –apuntó Brian, que sabía de primera mano que lo que se servía en ese tipo de fiestas sociales era lo más selecto del mercado de la restauración.

–Ninguno de los dos tiene remedio –se quejó Evan–. Os traigo a uno de los eventos más importantes del año en la vida social en Londres y, lo único en lo



romance a la carta

Olga Salar



que os fijáis es en la edad del edificio y en la comida nos sirven. ¿Es que os habéis vuelto eunucos de repente?

–En realidad los eunucos son... –comenzó Cam.

–Ya sé lo que son los eunucos –hizo un gesto con la mano, como si no considerase que valiera la pena hacer el esfuerzo de regañarles, dado el poco éxito que iba a tener–. Haced lo que queráis. Voy a saludar a unos amigos. Seguro que podéis aburriros con vuestras cosas sin necesidad de que yo esté presente.

–Si no te importa voy a ir averiguar quién se encarga del catering –ahora que Evan se había marchado tenían libertad para informarse sobre lo que en realidad les interesaba.

–De acuerdo. Entonces yo me daré una vuelta para ver si me dejan acceder al piso de arriba, donde están los palcos –dijo Cam, antes de separarse de Brian.

Media hora después los tres amigos volvían a estar reunidos con una copa de *champagne* en la mano, alrededor de una de las mesas altas colocadas para la cena.

–Definitivamente somos un desastre –apuntó Cam.

–Habla por ti. Yo no soy un desastre –protestó su hermano menor–. No te olvides de que este es mi ambiente.

–¡Oh, venga! Te aburres tanto en estos sitios que has tenido que invitarnos a nosotros para no quedarte dormido en tu silla –adivinó Brian–. Puede que seas actor, pero amigo mío, no tienes madera de estrella.



romance a la carta

Olga Salar

–Lo que decía yo –reiteró Cam–, un completo desastre.

Horas más tarde cuando Brian llegó a casa y se metió en la cama se lamentó por no haber sido previsor y no haberle ofrecido una llave a Pamela para que le esperara en casa. Su novia odiaba su casa, o mejor dicho el tamaño de la misma, y él en las últimas semanas se había acostumbrado tanto a tenerla cerca que cuando no lo estaba sentía que lo que antes era perfecto ahora estaba incompleto.

La comida ya no sabía del mismo modo, el sueño no era tan tranquilo y apacible como cuando ella descansaba a su lado, y la vida en general dejaba de ser excitante y maravillosa si no podía compartirla con Pamela y su eterna sonrisa.

Tanto era así que incluso los planes de pedirle que se mudara a vivir con él habían dado un giro inesperado y la idea de vivir juntos ya no le satisfacía tanto como lo hacía unas pocas semanas antes. De nuevo volvía a sentir que la oferta estaba incompleta.

Dejándose llevar por un impulso cogió el teléfono móvil de la mesilla de noche y tecleó un mensaje para ella. No porque esperara que siguiera despierta y lo viera sino porque esperaba que cuando despertara eso le hiciera pensar en él.

Sin embargo, a los pocos minutos el teléfono vibró sobre la cama. Todavía no había apagado la luz así que se lanzó a por él para comprobar si era Pamela. Unos minutos después cargaba una bolsa de deporte con lo necesario para pasar la noche fuera de casa. Y quince minutos más tarde los brazos de Pamela le rodeaban mientras se besaban en el descansillo de su casa. Y Brian sintió que su vida volvía a recomponerse mientras la levantaba en brazos y la llevaba hasta la cama, que ocupaba el centro del pequeño apartamento.



romance a la carta

Olga Salar

Durante toda la noche había estado rodeado de bellezas, de mujeres con las que los hombres de todo el mundo soñaban, y durante ese tiempo él solo podía pensar en que esa maldita noche iba a dormir solo en unas sábanas que olían a Pamela.

Con cuidado la depositó en la cama y se arrodilló entre sus piernas para mirarla y deleitarse en ella. Iba descalza, ataviada únicamente con la camiseta que utilizaba para dormir cuando se quedaba en su casa. Sin hablar, fue deslizando la tela sobre sus muslos, su estómago y sus pechos hasta que pudo sacársela por la cabeza y arrojarla lejos.

–Preciosa. La más bonita –musitó, inclinándose para saborear su pezón, al tiempo que sus dedos recorrían sus caderas para deshacerse de la ropa interior.

–Brian –llamó ella–, tu ropa.

–Después, cariño. Esta noche eres tú la única que cuenta –dijo dejando un reguero de besos y lametazos desde sus pechos hasta detenerse en su húmedo sexo.

Una vez estuvo donde quería estar, la torturó con la boca y los dedos hasta que escuchó su grito al dejarse llevar. Entonces, sin darle tiempo para que se recuperara, pataleó para quitarse los pantalones y la penetró con un envite rápido y profundo, marcando un ritmo que llevó a ambos al clímax.

CAPITULO 15

-Para evitar que los huevos revueltos se peguen, agrega antes de echarlo sal al aceite de la sartén.-

Las semanas posteriores fueron una locura para todos. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y entre Brian y Pamela se instaló una rutina. Se veían cada día y la mayoría de veces Pamela pasaba la noche en casa de Brian, donde incluso él había vaciado una parte de su armario para que ella guardara sus cosas, y no tuviera que transportarlas cada vez. De hecho había ido más allá y le había dado las llaves para que pudiera entrar aunque él no hubiese llegado todavía del trabajo.

Entre tanto trajín ambos se habían olvidado del accidente con el preservativo, y aunque Pamela seguía deseando formar su propia familia, el trabajo y Brian consiguieron que el pensamiento pasara a un segundo plano.

Una tarde en que Brian llegó a casa más pronto de lo habitual se encontró a Pamela llorando sentada en el suelo de la cocina. El estómago se le contrajo de preocupación, y en menos de un segundo ya estaba abrazándola y ofreciéndole



romance a la carta

Olga Salar



consuelo aunque su cabeza fuera a mil kilómetros por hora intentando adivinar el motivo por el que lloraba. Con cuidado tanteó su cuerpo, buscando alguna herida, y solo se tranquilizó cuando comprendió que fuera lo que fuera aquello que la apenaba, no era físico.

–Cariño, ¿qué te pasa? –preguntó cuando ella se calmó lo suficiente.

–No estoy embarazada –hipó todavía entre lágrimas.

–¡Oh! –fue lo único capaz de decir.

Ella se apartó ligeramente de su abrazo para ver su reacción.

–Sé que quedarme embarazada ahora hubiera sido un problema para ti, pero la idea de tener un bebé contigo, de tener mi propia familia contigo... Yo... –las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia, y ella escondió la cabeza en el cuello de Brian para que no la viera llorar. No obstante, él no le permitió que se escondiera.

–Escúchame, Pamela. Tener un bebé contigo jamás sería un problema para mí. Ni ahora ni en un millón de años. Te quiero y también deseo formar una familia contigo.

En lugar de calmar su llanto sus palabras lo avivaron y durante unos minutos más se aferró a él como si fuera su tabla de salvación y lloró porque por primera vez en cinco años ya no se sentía el eslabón perdido de una cadena rota.

Los días siguieron su curso habitual, y con ellos llegaron las fiestas de Navidad. En casa de Brian se pusieron los adornos típicos de esas fechas por primera vez. Con su trabajo en el Pink Flamingo nunca había tenido tiempo para comprar un árbol o hacerse con adornos, pero en esta ocasión sacó el tiempo necesario para



romance a la carta

Olga Salar

ir de compras con Pamela y abastecerse de lo necesario para que la Navidad entrara en su casa.

Cuando llegó el momento de hablar sobre dónde cenarían en Nochebuena se planteó el problema de que Pamela no quería dejar sola a Lillian Sutherland. Desde el instante en que llegó a Londres ella había sido su primer apoyo, y al igual que le pasaba a Pamela tampoco tenía familia con quién compartir tan señaladas fechas.

–Invítala a que venga con nosotros.

–¿De verdad? ¿No le importará a tu madre?

–Mi madre soñaba con tener tres hijos y llenar la casa de nietos. Te aseguro que estará encantada de que haya dos invitados más para la cena de Navidad – comentó, sonriendo al pensar en su madre.

–En ese caso la invitaré, y las dos estaremos encantadas de cenar con los Mosley.

–Adoro tu lealtad hacia las personas a las que quieres –confesó Brian, con la boca pegada a sus labios.

–¿Solo te gusta eso de mí? –ronroneó ella.

–Tontita, sabes que no –dijo antes de apoderarse de su boca y demostrarle la gran cantidad de detalles que adoraba de ella.

El día señalado llegó y, tal y como Brian había comentado, Heather Mosley se mostró encantada porque la casa se llenara de gente. Si ya desde el primer instante en que la vio se quedó prendada de Pamela, con Lily sucedió lo mismo. La anciana no solo era encantadora sino que era tan habladora como la propia



romance a la carta

Olga Salar

Heather.

Con la complicidad de las dos mujeres Brian había organizado lo que él esperaba que fuera la pedida de mano que Pamela más valoraría.

Por ese motivo esperó hasta la hora del postre para hincar la rodilla delante de Pamela en presencia de sus padres y de Lily Sutherland para pedirle matrimonio a la mujer que amaba:

–Pamela, te pido aquí, delante de tu familia –señaló a Lillian–, y la mía propia –en esta ocasión su mano se deslizó en dirección a sus padres–. Que aceptes que nos convirtamos en una sola. Si me aceptas mi familia será la tuya y la tuya será la mía. Y yo seré tu hogar como tú serás el mío. ¿Quieres casarte conmigo, cariño?

–Sí –aceptó, controlando a duras penas las lágrimas de felicidad.

–Pues que sea pronto porque quiero comenzar ya con la tarea de tener un hijo.

Tras ello Pamela ya no pudo retener por más tiempo las lágrimas.

–Te quiero, te quiero, Brian.

–Y yo te adoro, Pamela –musitó, antes de besarla y sentirse el hombre más afortunado del universo.

Cuando por fin se despegó de su amor fue para comprobar que las tres mujeres de la familia que acababa de construir lloraban de absoluta felicidad. Y puede incluso que algún hombre también se les hubiese unido.

EPÍLOGO.

Seis años después...

Brian tenía un brazo sobre los hombros de su esposa mientras observaba a su preciosa hija jugar con los regalos de cumpleaños que le habían traído su familia y amigos.

Su vida había cambiado radicalmente en esos años. Tenía una esposa y una hija a las que adorar y por las que preocuparse, ya no trabajaba en el Pink Flamingo, sus horarios laborales ya no eran de doce horas, ahora era el flamante chef principal del Hispania, y su madre ya no sentía la necesidad de cuidar de él... Ahora tenía a Evangeline para consentirla y adorarla, tanto o más de lo que lo había hecho con su hijo.

—¿Cariño, eres feliz? —susurró en el oído de Pamela.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos para mirarle a los ojos.



romance a la carta

Olga Salar



–Mucho –confesó poniéndose de puntillas para besarle en los labios.

Escucharon los gritos y las bromas de los asistentes al cumpleaños, pero eso no logró que dejaran de besarse. De hecho, Brian solo se separó de su boca para asirla de la mano y llevarla a algún lugar menos concurrido, entre las risas y los silbidos de sus amigos más íntimos.

–Estás loco –se quejó Pamela, aunque no opuso la menor resistencia–. ¿Qué van a pensar de nosotros?

–Que estoy loco por ti, algo que tú ya deberías saber.

–Para serte sincera no estoy demasiado segura de ese punto en cuestión. Creo que se ha vuelto imprescindible que me convenzas –susurró ella, aunque no fuera necesario porque en ese momento Brian ya la había sacado del comedor.

–Con mucho gusto, cariño. Con mucho gusto. La pena es que la cocina está invadida por nuestra entrometida familia, y vamos a tener que conformarnos con nuestro dormitorio –explicó riendo al tiempo que la empujaba para que subiera las escaleras.

–Demasiado aburrido –se quejó ella–, aunque tiene su parte buena, supongo.

–¿Y cuál es? –preguntó con curiosidad a pesar de que conocía lo suficiente a su esposa como para saber en qué estaba pensando esta.

–Que vas a deberme una clase de cocina que voy a cobrarme pronto. Muy pronto.

–¡Hecho! –aceptó, cerrando la puerta de su alcoba tras de sí. Encantado con los años que llevaba intentando enseñarle a cocinar sin mucho éxito. *Al menos, a nivel culinario*, pensó Brian sonriendo. El éxito a otros niveles estaba garantizado.



romance a la carta

Olga Salar

Cuando regresaron con los demás se vieron obligados a separarse para ejercer de anfitriones. Fue en ese momento cuando Penélope se acercó hasta Pamela, con quien no había podido cruzar más que dos palabras, ante la insistencia de la cumpleañera de que le contara un cuento.

–Muchas gracias por venir, Penélope. Eva está encantada porque hayas podido asistir –apuntó la madre de la niña, mientras miraba a su hija con adoración.

–No me lo habría perdido por nada del mundo.

–Pero es que viajar solo para asistir a un cumpleaños... Es demasiado.

–No he venido solo por eso, aunque lo hubiese hecho de haber sido necesario. Estoy aquí también por trabajo. Van a convertir *Un viaje infinito* en una película. Acabo de vender los derechos a una importante productora.

De repente Penélope se encontró siendo abrazada por Pamela y dando saltitos de alegría con ella.

–Eso es fantástico –la felicitó su amiga–. Qué orgullosa estoy de ti.

–Gracias, pero de momento es un secreto.

–Sabes que mis labios están sellados.

–¿Por qué crees que te lo he contado? –bromeó–. Voy a despedirme de Eva que tengo una cita para cenar con los productores de la película.

–Claro. Ve, y diviértete. Y no consientas que le den el papel de Cruz Davis a nadie sin que puedas opinar sobre él.



romance a la carta

Olga Salar

–Tendré en cuenta tu consejo –aceptó, sonriendo.

Volvieron a abrazarse, en esta ocasión para despedirse y Penélope se acercó hasta la niña para decirle que se marchaba.

Para su sorpresa, Pamela vio cómo Camden no la acompañaba sino que se quedaba hablando con Brian. Se dio la vuelta para atender a uno de los invitados y un minuto después escuchó a su hija gritar de contento porque el tío Evan acababa de cruzar el umbral con un paquete tan grande que le tapaba medio cuerpo.

Muy cerca, pensó Pamela. Muy, muy cerca.

Fin



ANEXO de RECETAS.

POLLO CON ESPÁRRAGOS TRIGUEROS.

Ingredientes:

4 pechugas de pollo.
1 puerro (la parte blanca)
4 dientes de ajo.
1 manojo de espárragos trigueros.
60-80 gramos de almendra en granillo.
Tomillo fresco.

Pimienta negra recién molida.

Aceite de oliva virgen extra.

Sal.

Preparación:

Limpiar bien los espárragos y cortarles la base. Escurrirlos y reservar.

Pelar el puerro y cortarlo en una juliana no muy fina. Pelar los dientes de ajo y cortarlos en pequeños bastoncitos. Poner en una parrilla o sartén a calentar con un poco de aceite de oliva virgen extra.



romance a la carta

Olga Salar



Salar las pechugas de pollo al gusto, y ponerlas a freír a temperatura media, para que se vayan dorando por fuera y queden hechas por dentro, procurando que queden jugosas, si se hacen demasiado quedarán muy secas, y poco agradables al paladar.

Ir dándoles la vuelta de vez en cuando para que se hagan de forma homogénea. Antes de terminar, añadir pimienta negra recién molida por los dos lados e incorporar unos bastoncitos de ajo para que aromaticen el pollo.

En una sartén amplia con un fondo de aceite, hacer los espárragos y el puerro a la vez (añadir también el tomillo), a fuego medio alto, salpimentar al gusto e ir moviendo para que se hagan por igual.

En cuanto se haya evaporado el agua de vegetación que sueltan, añadir las almendras y los ajos para que se doren, los ajos aportarán sabor y las almendras quedarán crujientes.

Emplatar al gusto.

SPAGHETTI EN SALSA ROJA

Ingredientes:

280 gr. de *spaghetti*.

240 gr. de pollo.

150 gr. de apio.

80 gr. de puerros.

80 gr. de cebollas.

50 gr. de morrón rojo.

50 gr. de aceitunas negras descarozadas.

400 gr. de tomates pelados.

200 gr. de caldo de verduras.

4 cucharaditas de aceite.

Orégano, sal y pimienta.

Preparación:

Limpiar y lavar los apios, puerros, morrón y cebollas.



romance a la carta

Olga Salar



Trocearlos finos y salpimentarlos y cocerlos con un poco de caldo en una olla. Agregar el pollo en trozos y rehogar, revolviendo de tanto en tanto. Incorporar los tomates, aceitunas, orégano y pimienta molida.

Cocinar de treinta a cuarenta minutos.

Mientras tanto, cocer los *spaghetti* en abundante agua salada. Una vez cocidos colarlos y mezclarlos con la salsa de pollo.

Revolverlo todo junto durante cerca de 3 minutos a fuego fuerte.

TORTITAS.

Ingredientes:

200 gramos de harina

8 gramos de levadura

20 gramos de azúcar

2 huevos grandes

275 ml de leche

50 gramos de mantequilla

Preparación:

Mezclar harina tamizada con la levadura en un recipiente. A continuación, añadir el azúcar y una pizca de sal y mezclarlo todo bien.

Por otro lado, batir los huevos con unas varillas o tenedor y echarlos al recipiente con el resto de ingredientes que formarán la masa de tortitas.

Seguidamente, añadir la leche y batir un poco más, para que se integren todos los ingredientes.

Por último, incorporar a la mezcla para tortitas la mantequilla reblandecida o derretida (en el microondas) y batir.



romance a la carta

Olga Salar

Juntar ambos ingredientes, secos y líquidos, para formar lo que será la masa de las tortitas. Remover para conseguir una mezcla homogénea y sin grumos, y dejarlo reposar de unos diez a quince minutos.

Una vez transcurrido el tiempo, poner una sartén al fuego y con la ayuda de papel de cocina untarla con un poco de mantequilla.

Con un cucharón, añadir la masa al gusto (según el tamaño y grosor deseados) sobre la sartén o plancha. Cuando empiece a burbujear, darle la vuelta y dejar que se dore por el otro lado.

Acompañar con chocolate, nata o mermelada.



romance a la carta

Olga Salar



Título original: *Romance a la carta* © 2015 Olga Salar

Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya

Fotografías cubierta @ Shutterstock 1ª edición: enero 2015

Av. Diagonal, 601

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com